

Esmeraldina

ó

LA HERENCIA DE UN NÁUFRAGO

DRAMA EN SIETE ACTOS

POR

JUAN B. ENSEÑAT

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO

EN EL TEATRO-CIRCO ESPAÑOL DE BARCELONA

LA NOCHE DEL 20 DE ABRIL DE 1907

POR LA COMPAÑÍA DE DON FEDERICO GARCÍA PARREÑO

PRECIO: 2 PESETAS

PALMA

TIPOGRAFÍA DE B. ROTGER

1907

3



*Al reputado autor dramático y
director de escena D. Joaquín Montaner
Homenaje de El Autor*

Esmeraldina

ó

LA HERENCIA DE UN NÁUFRAGO

DRAMA EN SIETE ACTOS

POR

JUAN B. ENSEÑAT

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO

EN EL TEATRO-CIRCO ESPAÑOL DE BARCELONA

LA NOCHE DEL 20 DE ABRIL DE 1907

POR LA COMPAÑIA DE DON FEDERICO GARCÍA PARREÑO



PALMA

TIPOGRAFÍA DE B. ROTGER

1907

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ESMERALDINA, 15 años. . .	Srita. Caparó.
SALVADORA, esposa de Sebastián.	Sra. Pujolá.
CATALINA.	Srita. Tressols.
PERPÉTUA, titiritera.. . .	Sra. Muntal.
CLEMENTINA.	Srita. Serrano.
ANITA, (niña de 5 años.) . .	Niña Parreño.
PEDRO, marinero hermano de Sebastián	Sr. García Parreño (F.)
EL DOCTOR VIDAL	» Perelló.
MACHUCA, Director de Circo	» Cabré.
SATURNINO, payaso	» Guilemany.
PASCUAL, marinero viejo. . .	» Rubio.
SIR WALTON.	» Guilemany.
MILLER, su intendente. . . .	» Delhom.
NARCISO, 15 años	» Galcerán.
GUILLERMO	» Parreño (J.)
VICENTE	» Bley.
MARTÍN	» Carabellido.
UN NIÑO de 5 años (no habla)	» Monterde.

MARINEROS y LUGAREÑOS de ambos sexos.

La escena pasa en un pueblo de la costa catalana

Epoca actual.

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO PRIMERO

Plaza en un pueblo de la costa catalana. En el fondo el mar. A la izquierda un meson con emparrado. Mesas y sillas debajo del emparrado. En el centro segundo término, un árbol.

ESCENA PRIMERA

PASCUAL, sentado al pié del árbol toca el violín. SEBASTIAN ciñe con el brazo derecho la cintura de SALVADORA. GUILLERMO baila con CATALINA, VICENTE con una lugareña. Marineros y lugareños, unos bailando con mujeres de diversas edades; otros sentados á las mesas con bebidas delante. Después de algunos minutos de danza, Pascual cesa de tocar y se enjuga el sudor de la frente.

GUILLERMO. Cómo! Ya se acabó?

CATAL. Tío Pascual, esta ha sido muy corta.

VIC. Un poco más de música, tío Pascual.

PASC. Os parece poca, y hace una hora que estoy tocando? Sois incansables. Claro! Bailando á gusto, se os vá el tiempo sin sentir, porque sois jóvenes. Pero yo llevo setenta años acuestas y mi brazo no puede más y sudo el quilo y me abraso de sed.

SALV. Calle usted, que voy á darle un vaso de garcha del que tanto le gusta.

PASC. Venga, que ese apaga la sed sin subirse á la cabeza.

GUILL. ¿Y tocará usted luego otra polka?

PASC. Sois incansables!

Salvadora que ha llenado un vaso de vino de una botella puesta sobre una mesa, se lo sirve á Pascual, que lo bebe de un trago.

SALV. Tome usted, tío Pascual.

PASC. Gracias, Salvadora.

CATAL. Ya no se baila más?

SEB. Vamos, tío Pascual, haga usted bailar un poco más á esas peonzas.

PASC. Pero no tendreis compasión de este pobre viejo?

CATAL. Otra polka por mi cuenta.

PASC. Por tu cuenta? Y con qué moneda vás á pagarla si Vicente es el amo de los cuartos?

CATAL. ¿Con qué moneda? Con un abrazo!

TODOS. Ja! ja! ja!

GUILL. Falta saber como tomaría la cosa tu marido.

CATAL. No puede tomarla por donde quema, porque al tío Pascual se le apagó el fuego.

TODOS. Ja! ja! ja!

PASC. ¿Qué sabes tú lo que hay bajo la ceniza?

SALV. ¡Oh! en sus mocedades, el tío Pascual era terrible! Aún se recuerdan muchas de sus aventuras amorosas.

TODOS. Ja! ja! ja!

PASC. Sí, sí, podeis reiros, pero si vuestras abuelas quisieran hablar, comprenderiais que os quiero como si fuerais mis nietas!

CATAL. Viva el abuelo!

TODOS. ¡Viva Pascual!

SALV. Vamos, abuelo, otra polka; en pago de la cual le daré, no un abrazo, sino dos.

SEB. Salvadora!

SALV. Pero Sebastián! vás á tener celos del tío Pascual?

Acariciando á Sebastián.

¿No sabes que no puedo querer más que á tí?

CATAL. Guiñando el ojo á Pascual.

Ah! Cómo cambia todo en este mundo!

PASC. Sobre todo las mugeres!

(Aparte) (¡Pobre Pedro!)

CAT. No se vaya usted, tío Pascual. Hemos de bailar otra polka.

PASC. Bailad todo lo que os dé la gana, pero yo no toco más hoy.

- GUILL. A las mugeres no les gusta bailar sin que les toquen algo.
- CAT. La que no es tonta sabe bailar sin música.
- GUILL. Qué dices tú á eso, Vicente?
- VIC. Digo que ésta tiene ganas de bailar á son de vapuleo.
- TODOS. Ja! ja! ja!
- PASC. Aparte, viendo el amartelamiento de Salvadora y Sebastián. (Pobre Pedro! Quiera Dios que esto no acabe mal!)

ESCENA II.

Dichos. MARTIN por la izquierda.

- MART. Hola! Parece que se está de juerga.
- SEB. Ven acá, Martín, toma. Ofreciéndole vino.
- MART. Gracias, no bebo. Muchachos ¿sabeis la noticia?
- TODOS. Qué noticia?
- MART. La casa de la viuda Guardiola que está junto á la barrera del bosque, se subasta hoy, después de la misa mayor.
- SEB. Mirando á Salvadora. Hoy mismo?
- SALV. Tan pronto?
- PASC. ¿En cuánto la han tasado?
- MART. En una bicoca.
- SEB. En cuánto?
- MART. En setecientas cincuenta pesetas. La casa será adjudicada al mejor postor.
- SEB. Una casa tan grande, con un establo y un huerto de primera!
- MART. Camarada! Se te hace agua la boca, eh?
- SEB. Y aunque así fuese? Esa tierra es mejor que la mía, que no produce nada.
- PASC. Amigos míos, no cabileis en balde. Sabeis á quien se adjudicarán el huerto, el establo y la casa? A la ahijada del recaudador.
- Designa á Salvadora.
- TODOS. A Salvadora?
- PASC. A Salvadora!
- CAT. La suerte la persigue.

- GUILL. Nació con buena estrella.
SEB. Y tú qué piensas hacer?
SALV. Toma! aceptar el regalo. Yo me encargaré del manejo de la casa, y tú cuidarás del ganado y del huerto.
SEB. ¡Oh! en nuestras manos la finca será un pequeño paraíso.
PASC. Aparte. (Dí más bien un infierno). Alto. Pero podría suceder...
SEB. Inquieto. ¿Qué?
PASC. Que algún postor pujase hasta mil quinientas pesetas.
GUILL. No sería mal golpe.
VIC. Sí, para Sebastián sobre todo.
CAT. Quién va á tener aquí dinero de sobra para pujar esa cantidad?
SEB. Catalina tiene razón.
PASC. Bah! Conozco bien á Lorenzo, el recaudador de contribuciones. Es algo terco, y como padrino de Salvadora prometió dotarla. Pero si en la subasta hubiese postor por más de mil quinientas pesetas, sería muy capaz de desistir.
SEB. No veo más que un medio de evitarlo.
PASC. Cuál?
SEB. Que en un momento dado, el competidor sea víctima de un accidente.
SALV. No digas eso, Sebastián. De todos modos hemos de estar agradecidos á mi padrino que tanto mira por nuestro bien.
PASC. Y mientras tanto, ni tú ni Sebastián calculais la pena que vais á causar á Pedro.
SEB. Por qué? Porque me caso con Salvadora? Tengo yo la culpa de que me prefiera á mi hermano?
PASC. No, no tienes tú la culpa, pero debierais tener en cuenta que Pedro ama á Salvadora desde hace años, y que ella le dió palabra de casamiento.
SEB. Salvadora lo ha pensado mejor. Por lo demás yo no tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones.
SALV. Pedro se empeña en ser marinero, y á mí no me conviene un marido que solo pase dos ó tres meses del año en casa.

GUILL. Hay que mirarse en eso de elegir al padre de sus hijos.

SALV. Además, Pedro es un hombre muy metido en sí. Le gusta estar solo. Nunca baja al pueblo. Vive rodeado de misterio. Recogió á una niña, salvada de un naufragio,—dice él,—que yo no sé si eso es verdad. Yo daría cualquier cosa por saber quién es el padre de esa criatura. En fin, que yo no sería feliz con él. Tiene un carácter demasiado diferente del mio.

PASC. Es verdad, Pedro es bueno, honrado, caritativo, mientras que vosotros ridiculizais que él de asilo á una huérfana desamparada... y arrojais de vuestra puerta al mendigo hambriento. Sin embargo, me parece que la ingratitud ha de pesar sobre tu conciencia, más que los sacos de trigo que Sebastián carga con tanta agilidad sobre sus espaldas.

SALV. Por qué me dice usted esas cosas, tío Pascual?

PASC. Para refrescar tu memoria. No te acuerdas? El año pasado volvías de la plaza en tu tartana. Era un día de tormenta. Tu caballo se espantó de un trueno, y se desbocó, y sabe Dios lo que hubiera sido de tí, sin el auxilio de Pedro. Iba á tu encuentro cuando vió el peligro que corrías y se arrojó á la cabeza del animal. No tuvo bastante fuerza para detenerlo, pero dejándose arrastrar, entorpeció la desenfrenada carrera del caballo. Entonces apareció Sebastián, y como tiene la fuerza de un toro, detuvo al cuadrúpedo y salvó la tartana y su contenido. Terriblemente emocionada diste las gracias á Sebastián, por haberte salvado la vida. Sin embargo era Pedro, el que por tí había expuesto la suya.

SALV. Yo no ví á Pedro.

PASC. Con ironía. Naturalmente. El caballo lo había arrollado. Ya se sabe: la modestia perjudica al heroísmo, y los honores son con frecuencia para el que menos los merece. Pero estoy predicando en desierto. Salvadora se casa con Sebastián para poder ir del brazo de un hombre sólido y bien plantado. Sebastián se casa con Salvadora para disfrutar de una casa, de

un establo y de un huerto. A marido interesado, mujer imprevisora. Buena pareja!

CAT. Salvadora, me parece que el viejo canta claro.

VIC. No tiene pelos en la lengua.

SALV. Yo prefiero oírle tocar el violín.

SEB. Yo también, sobre todo cuando toca á bailar!

Pascual le vuelve la espalda.— Se oye por la izquierda el toque de una campana.

SALV. Pero ahora tocan á misa. Vamos Sebastián.

SEB. Vamos. Adios tío Pascual.

PASC. Adios.

CAT. Vamos á misa, Vicente?

VIC. Si, si. Luego iremos á la subasta de la casa.

PASC. Vas á ser postor?

VIC. Si, con lo que llevo en el bolsillo.

Golpeando con los dedos en el bolsillo del chaleco.

CAT. Cuánto?

VIC. Un capital: dos pesetas ménos una perra grande.

Váse con Catalina.—Al toque de misa comienza á desfilar por la izquierda la comparsaría. Ya solo queda en la escena el tío Pascual.

PASC. Necesito hablar con Pedro... Iré á su casa, y si no está le esperaré.

Se dirige á la derecha. Pedro aparece por la izquierda.

ESCENA III

PEDRO y el tío PASCUAL

PED. A dónde vá usted tan de prisa, tío Pascual?

PASC. Ah! Precisamente iba en tu busca. ¿De dónde vienes?

PED. De distraer un poco á la niña. Tiene usted algo que decirme?

PASC. Si. *Aparte* (Cómo explicarle? Ánimo. Es preciso).
Alto. Pedro, sabes que siempre te he querido como á un hijo. Escúchame. Hiciste todo lo posible por salvar á una pobre madre... y te encargaste de educar una huerfanita. Son acciones que te honran. Pero lo que no me explico es que guardes un silencio obstinado acerca de esa niña. Gentes mal intencionadas

podrían interpretar mal tu conducta. Por qué no buscas á la familia de esa criatura? ¿Quieres condenarla á una miserable existencia?

Pedro se queda un momento pensativo y dice luego.

PED. Tiene usted razón Pascual. No debo ocultarle nada. Sepa usted que al obrar así obedezco á la voluntad de la madre, expresada en su lecho de muerte.

PASC. Ah!

PED. Ya usted conoce las particularidades del naufragio. Usted, como todos los que acudimos al lugar del siniestro, procuró en vano arrancar á la muerte algunos de aquellos infelices. El mar arrojó á la playa á una señora y una niña en pañales. La niña estaba ilesa, pero la madre ofrecía pocas esperanzas de vida! Con ayuda de un camarada, la llevamos á la choza de la tia Ruperta. A los primeros cuidados abrió los ojos. «Mi hija! ¿Dónde está mi hija?» gritó con loca ansiedad. Ruperta le presentó la criatura, y ella la besó en la frente, levantando los ojos al cielo, como para dar gracias á Dios por haberla salvado. Yo sollozaba de emoción. Mi camarada corrió en busca de un médico, Ruperta fué á preparar una tisana, y yo me quedé al lado de la moribunda. Entonces me cogió la mano, y haciendo un supremo esfuerzo me dijo en voz baja:— Juradme velar por mi hija, como si lo fuera vuestra... Ocultad su existencia á todo el mundo!... Hay gentes que tienen un inmenso interés en hacerla desaparecer. Su tio... la mataría!—Entonces dejó caer otra vez la cabeza en la almohada, exhaló un largo gemido... y espiró!—Ruperta y yo velamos el cadáver toda la noche.

PASC. Historia más extraordinaria! En fin, tu conducta es digna de alabanza y el cielo recompensará sin duda tu buena acción. Seguirás velando por esa pobre niña... pero ¿has reflexionado bien sobre semejante historia? ¿Qué pueden significar las últimas palabras de la madre?

PED. Mucho me han dado que pensar, pero creo ha-

ber encontrado al fin la clave del enigma.

PASC. Y cuál es?

PED. Yo me imaginó que debía ser una familia inglesa compuesta de marido, muger é hija; el marido, como una gran parte de sus compatriotas, había ido á las Indias á buscar fortuna y después de haber ganado unos cuantos millones y de haber constituido una familia, regresaba á Inglaterra con su esposa y su hija á bordo del *Ceylan*. El buque naufraga en nuestra costa, y tripulantes y pasajeros perecen todos en la catástrofe, excepto la niña.

PASC. Todo eso me parece muy verosímil.

PED. Yo interpreto así las palabras de la muerta: — Sola en el mundo, la huérfana debe guardarse de parientes desalmados, capaces de matarla, para apoderarse de la fortuna adquirida por su padre.— Y entre esos parientes, el más temible, es un tío de la niña.

PASC. En qué te fundas? Con sorpresa.

PED. En las últimas recomendaciones de la madre.— Su tío!... la mataría!—De lo cual deduzco que el tío en cuestión heredaría los bienes de su hermano una vez desaparecida la familia; á cuyo fin se procuraría una partida de defunción de la huérfana después de haber hecho formar un expediente probatorio del naufragio de los padres.

PASC. Todo eso es muy lógico.

PED. Las palabras de la moribunda hacen suponer que ese hombre sería capaz de cometer un crimen para heredar la fortuna de esa niña.

PASC. Tienes razón. Y has formado un plan?

PED. Si. La niña permanecerá aquí bajo la custodia de Ruperta. Yo procuraré averiguar quién es su familia, y cuando tenga uso de razón se lo revelaré todo, y con la ayuda de Dios la pondremos en posesión de la fortuna paterna... Todo eso sin perjuicio de prohijar á la niña cuando me case con Salvadora.

PASC. Ay! pues no se me había olvidado! Mi pobre Pedro!

PED. Qué?

PASC. Salvadora es una muchacha coqueta, insustancial, atolondrada, sin corazón, digna de hacer pareja con tu hermano.

PED. Con mi hermano?

PASC. Ánimo, Pedro; tú no te pareces en nada á los demás mozos del pueblo. Eres un héroe modesto, y tu modestia hace que no veas los manejos de esos mentecatos. Entre tu hermano y tú, hay la diferencia que media entre un hombre de carácter y un hombre de mala índole. Ten valor, y piensa que quizás nunca pudo decirse, como en esta circunstancia, que no hay mal que por bien no venga.

PED. Entonces ella?...

PASC. Ella ha declarado que está resuelta á casarse con Sebastián. Tu hermano la quiere por la dote que su padrino, el recaudador ha prometido darle, y que probablemente serán los bienes de la viuda Guardiola.

PED. ¡Qué traición! A mí que la amo desde la infancia! A mí que arrostré los peligros del mar, á fin de ganar el dinero necesario para comprarle una casa! Abandonarme con tanta indiferencia! Casarse con Sebastián... con mi hermano! Hay para volverse loco!

PASC. Vamos, Pedro! esa casquivana no era digna de tí!... Encontrarás otra muchacha que te apreciará como mereces. Bah! Bah! Figúrate que tenías una muela careada y que te la han arrancado. ¿Qué es un instante de dolor para la extirpación de un mal que hubiera podido torturarte toda la vida?

PED. ¿Qué quiere usted, tío Pascual? Qué puede hacer uno, más que sufrir al ver perdida la ilusión más grata de la juventud!

PASC. Imagínate que ha sido un sueño y que al despertar borras los últimos vestigios de su recuerdo lavándote la cara con agua fresca.

BREVE PAUSA. Después de un momento de reflexión, Pedro estrecha la mano al tío Pascual.

PED. Tío Pascual, me ha dicho usted siempre que me quería como á un hijo.

PASC. Y lo repito.

PED. Pues bien, escuche usted. Después de la traición de Salvadora y de mi hermano, yo no puedo permanecer un día más aquí.

PASC. ¿Qué te propones hacer?

PED. Mañana sale para América el bergantín de la casa Torres. He navegado ya en ese barco y toda la tripulación dió pruebas de apreciarme, desde el capitán hasta el último marinero. Iré esta tarde á solicitar mi antigua plaza y espero que me admitirán otra vez á bordo.

PASC. Y la niña?

PED. Usted y Ruperta cuidarán de ella mejor que yo. No corre ningún peligro.

PASC. Pero si entre Ruperta y yo llevamos acuestas siglo y medio!

PED. Tranquilícese usted. Volveré pronto si Dios quiere. (Con viva emoción.) Pero no olvide que le confío el juramento hecho á una pobre madre moribunda, y que durante mi viage, en medio de los peligros del mar, la sola idea de que la niña tiene quien la cuide y la proteja tanto ó mejor de lo que pudiera hacerlo yo, me dará aliento y valor para cumplir con mi deber. No es verdad que puedo irme tranquilo?

PASC. Por esa parte si. Y yo te juro que el primer nombre que pronunciará la huerfanita será el tuyo.

PED. (Abrazándolo.) Gracias, gracias. Ahora á otra cosa.

PASC. Habla.

PED. Ha dicho usted que el recaudador trata de adquirir los bienes de la viuda Guardiola para dárselos en dote á su ahijada. ¿Hasta que cantidad cree usted que pujará?

PASC. Hasta mil quinientas pesetas.

PED. Y si hubiera postor por mayor cantidad?

PASC. Conozco bien á Lorenzo, y cuando ha dicho á Salvadora que no pasará de las mil quinientas, es que está bien resuelto á no dar un céntimo más.

PED. De modo que usted cree que el postor que ofreciese mil seiscientas, se llevaría la finca?

PASC. Estoy seguro. Pero no me esplico...

PED. Escuche usted. Con lo que he ganado en cuatro

años y mis economías he reunido cuatrocientos duros.

PASC. Que yo te guardo escrupulosamente.

PED. Con el dinero que sobre y el anticipo que me dé el armador, habrá bastante para el sostenimiento de la niña durante mi viaje. Por consiguiente compro la casa.

PASC. (Sorprendido) Con qué objeto? Qué vas á hacer de ella si te marchas?

PED. No tardará usted en saberlo. Tenga la bondad de ir á su casa por mi dinero, tome parte en la subasta y arréglese de modo que yo me lleve la finca. Tengo una idea que le explicaré luego. Dése usted prisa que no hay tiempo que perder.

PASC. No adivino tu proyecto, pero estoy seguro de que se trata de una buena acción. Voy corriendo. Después de todo será un buen chasco para esos dos... (Movimiento de impaciencia en Pedro que le estrecha la mano.) No digo más; hasta la vuelta con la casa en el bolsillo. (Va á salir y vuelve por su violín que dejó sobre una silla al pié de un árbol.) Ah! mi violín! (Lo toma.)

PED. Podía usted dejarlo. Yo me quedo aquí.

PASC. Este violín es toda mi fortuna, el único amigo que me hará soportar tu ausencia. Con él arrullaré á la niña. (Vase por la derecha.)

PED. (Suspirando.) ¡Qué bueno es! — Animo! Lo que hago es quizás una locura, pero nuestra madre desde el cielo me bendecirá, suceda lo que sucediera! (Voces al paño, á la izquierda. Pedro se sienta debajo del árbol.)

ESCENA IV

SALVADORA del brazo de SEBASTIAN; tras ellos VICENTE, CATALINA, GUILLERMO y lugareños de ambos sexos.

SEB. Aprisa, aprisa, Salvadora; no nos hagamos esperar.

SALV. Llegaremos á tiempo. La subasta no empieza hasta después de la misa.

GUILL. (A Catalina.) Habéis pedido á Dios que os dé también buena casa?

CAT. Dios sólo dá buen alojamiento en el Paraiso.

VIC. Sin pago de alquiler.

SEB. Estoy impaciente... (Todos ven á Pedro.) Mi hermano!

TODOS Pedro!

PED. Si, Pedro. En vez de ir á misa, he orado sobre la tumba de mi madre. Hincado de rodillas he oido tocar la campana de la iglesia y gruesas lágrimas han bañado mis mejillas.... A los que como yo han estado largo tiempo ausentes del pueblo, esa campana dice cosas conmovedoras y elocuentes. Al oirla, un mundo de pensamientos ha asaltado mi espíritu! He vuelto á ver la imágen de una jóven fresca y jovial á quien mi madre solía dar un par de sonoros besos, después de rezar al toque de oraciones. Los domingos también la campana repicaba echada al vuelo, cuando Sebastián y yo corríamos ligeros como cabritillos á jugar, á la sombra de este árbol, que ha visto crecer á tantos de los nuestros. Entonces los dos hermanos se querían entrañablemente, y aún recuerdo, como si fuese ayer, un día en que por defenderte, recibí en la sien una pedrada de un muchacho que quería pegarte. Otro día, la misma campana doblaba tristemente mientras acompañábamos sollozando á nuestra madre á su última morada!... Y todo el mundo nos compadecía... y tu dolor era entonces tan sincero como el mío!

GUILL. (Bajo á los demás.) (Se ha olvidado de los días de Doctrina y de los pescozones del Cura.)

PED. (Adelantándose) Y ahora... ¡qué diferencia!... Cada año que pesa sobre nosotros parece aflojar los lazos que unían nuestros corazones. Yo he seguido siendo respetuoso y sumiso. Tú te has vuelto iracundo y orgulloso. Te apoderaste de unas parcelas regadas con el sudor de nuestros padres, sabiendo que me correspondía la mitad, y yo tuve que mendigar pan y asilo, hasta que pude ganarme la vida con

mi trabajo. Viendo que el mar proporcionaba al hombre fuerza y libertad, me hice marinero. Hoy nuestra casa paterna amenaza ruina y la tierra que durante tantos años alimentó á los nuestros es un campo yermo lleno de ortigas!

- SEB. ¿Dónde quieres ir á parar con tu plática?
PED. Á dar á conocer á los que nos escuchan la diferencia de carácter que hay entre nosotros, y á que sepan cual de los dos hermanos es digno del aprecio de todos!
- SEB. (Con ironía.) No es culpa mía si no supiste aprovecharte á tiempo del producto del huerto de nuestra madre.
PED. Eso es! Debía seguir llamando inútilmente á tu puerta para recibir más de una vez el bochorno de una negativa.
- SEB. Acaba!
PED. Sí, voy á acabar. No satisfecho con haberme robado la mitad de mi casa y de mi tierra, hoy me robas á mi prometida.
- SEB. Salvadora?
PED. A Salvadora.
CAT. (Bajo á los demás, con ironía.) (Sebastián es un modelo de hermanos.)
VIC. (Pedro tiene razón: Sebastián es malo.)
GUILL. (Sí, pero es un buen mozo.)
SEB. Que te conteste Salvadora. Eso no es cuenta mía!
(Se oye á la derecha el toque de un *tambor* acompañado de gritería.)
- GUILL. Ah! Empieza la subasta. Voy á ver...
VIC. Yo también. (A Salvadora.) Vendremos á enterarte.
- CAT. A traerte la buena noticia. (Vánse por la derecha.)
SEB. Vamos allá, Salvadora.
SALV. Para qué? No estamos seguros del resultado?
PED. (A Salvadora.) Ya lo has oído. A tí te toca contestar. ¿Es verdad que me dejas? (Salvadora baja la cabeza.) Callas! Sin embargo nos habíamos jurado amor y fidelidad. ¿A qué viene ese cambio de tu parte? ¿Qué te he hecho yo?
- SALV. Pedro, toda la culpa es mía. No he podido resignarme á tomar por esposo á un hombre que tiene que pasar casi toda la vida léjos de su ca-

sa. Tú eres muy bueno, pero la idea de una separación casi constante y de una existencia llena de inquietudes me asustó. Por otra parte, yo soy aturdida y loca, tú eres grave y serio; he tenido miedo de no congeniar contigo y he creído que mi carácter se avendría mejor con el de tu hermano!... Perdona á tu amiga de la infancia; no le guardes rencor. Te hablé con la franqueza de una muchacha que, gracias á tus consejos, se mantuvo honrada y hace entera justicia á la lealtad de tu carácter. Perdóname. (Le tiende la mano. Pedro después de un momento de vacilación se la estrecha.)

PED. Está bien. Sigue los impulsos de tu corazón. ¡Dios te haga dichosa!

(Se oye á la derecha el redoble del tambor.)

SEB. Terminó la subasta! (Va con Salvadora al encuentro de los que vuelven.)

ESCENA V

Dichos. MARTIN, GUILLERMO; VICENTE, CATALINA y Lugareños.
Poco después PASCUAL.

SALV. { Y bien?

SEB.

GUILL. (Corriendo sofocado.) Sebastián! Salvadora!... La casa!...

CAT. (Id.) Se adjudicó...

VIC. (Id.) Por mil seiscientas pesetas.

SEB. Por mil seiscientas? A quién?

MAR. (Id.) Al tío Pascual!

SEB. (Con gran sorpresa.) Al tío Pascual!

SALV. No es posible!

CAT. Quién lo había de decir!

MAR. Pues la casa es del tío Pascual.

PASC. (Entrando.) No, mía no; de Pedro! (Enseña un papel que lleva en la mano.)

TODOS ¡De Pedro!

PED. Sí, la casa es mía. Había de ser tuya también, Salvadora. Tú la hubieras gobernado en mis

ausencias... y aún estando presente hubieras sido dueña absoluta de ella. Pero tú no has querido.

SEB. (Aparte.) (Qué fatalidad!)

CAT. Consuélate, Salvadora. Tu padrino ha declarado que los trescientos duros prometidos, te los regalará el día de tu casamiento...

SALV. Méenos mal. ¿Verdad Sebastián?

SEB. Si, pero una casa como esa...

SALV. (Con asombro.) Vacilas?

SEB. No... pero...

PED. No vaciles, Sebastián. La amarás mucho, puesto que por tí olvidó que había dado palabra de casamiento á tu hermano, y si yo le perdono la pena que me causa es por tu dicha. Además, ningún obstáculo se opone á vuestra felicidad, porque me voy.

SALV. Te vás?

PED. Sí. Aquí sufriría demasiado. Prefiero embarcarme. A pesar de sus furias, la mar es una amiga fiel.

SEB. Y la casa?

PED. Te la alquilo.

SEB. (Sorprendido.) ¿Por cuánto?

PED. Por un apretón de manos.

SEB. (Tendiéndole la mano.) Toma!

GUILL. (Bajo á Vicente y Catalina.) (Qué suerte tiene ese Sebastián!)

CAT. (Y Salvadora es una tonta.)

PED. Ea, adios!

PASC. (Bajo á Pedro.) (Y la niña?)

PED. (A usted se la confío.)

PASC. Volverás pronto?

PED. Quizás dentro de un año. Vendré á contemplar tu felicidad, Salvadora, y á ver si Sebastián ha sabido sacar partido de mi sacrificio. Camaradas... Adios!

TODOS (Méenos Sebastián.) Hasta más ver!

PED. (Marchándose.) ¡Adios! ¡Adios!

CAE EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala rústica en la planta baja de la casa de Pedro, habitada por Sebastián y Salvadora. A la derecha una puerta que conduce al huerto.—Puerta de entrada al foro.—A la izquierda una escalera que conduce á un cuarto interior.—Una mesa á la derecha y otra á la izquierda cubierta con un tapete de bayeta encarnada. Un aparador arriado á la pared del fondo.—Quinqué encendido sobre la mesa de la izquierda. Varias sillas. Todo rústico pero muy aseado.

ESCENA PRIMERA

SALVADORA sentada á la izquierda ytrabajando. El Doctor VIDAL y ANITA sentados á la misma mesa. NARCISO duerme con la cabeza apoyada sobre la mesa, á la derecha.

VID. Te lo repito, Salvadora, no podrás resistir mucho tiempo esa vida á que te condena el bribón de tu marido.

ANI. ¿Qué quiere decir bribón?

VID. Un bribón, hija mía, es un hombre que no es bueno.

ANI. Y quién no es bueno, Doctor?

VID. Sebastián.

ANI. Papá?

VID. Sí, tu papá.

SALV. Por Dios, Doctor!

VID. No digo más que la verdad: créeme, esas vigi-
lias, después de las fatigas diarias, acabarán
con tu salud.

SALV. Demasiado lo sé. Pero si Sebastián no quiere
trabajar ¿qué remedio me queda más que sa-
crificarme?

VID. Tu marido no es digno de una muger como tú.

SALV. Está dejado de la mano de Dios! Esta mañana
fué al pueblo á ver si llegaba á un arreglo con

varios acreedores que nos amenazan con un embargo. La ruína, la ruína completa! Y cuando nos hayan dejado sin casa, ¿á donde iremos con estas dos criaturas?

ANI. Iremos á la iglesia, mamá. El Cura dice que la casa de Dios es la casa de todos.

VID. Esta niña es extraordinaria. A propósito ¿teneis alguna noticia de Pedro?

SALV. Ninguna. Han cumplido ya cinco años desde que se marchó dejándonos en posesión de esta casa que compró para nosotros. ¡Pobre Pedro! No nos ha escrito ni una sola vez; y el tío Pascual, que le quería como un padre, y á quien confió esta pobre huérfana, tampoco recibió carta alguna. ¡Ay! Pedro ha muerto sin duda. (Suspirando.) El sí que me quería de veras! Hubiera sido un buen esposo y un buen padre! ¡Ah! fui muy culpable! Dios me ha castigado!

VID. La historia de siempre. Las mugeres suelen preferir los calaveras á los hombres juiciosos. El tío Pascual á quien cuidé en su última enfermedad, me lo decía siempre: «Salvadora le destrozó el corazón al pobre Pedro. Sebastián vengará á su hermano haciendo desgraciada á Salvadora.»

SALV. Ay!

VID. Dos días antes de morir, Pascual me pidió consejo acerca de la niña que Pedro le había confiado.—«Sebastián—le contesté—no solamente es el único hermano de Pedro, sino que habita su casa; por consiguiente es la persona más indicada para cuidar de la huérfana, en ausencia de Pedro.»—El buen anciano meneó la cabeza suspirando, y no contestó. El día que le enterraron, yo mismo traje aquí á la niña, recomendando, no á tí, Salvadora, porque no hacía falta, sinó á Sebastián, que la tratára del mejor modo posible y velase siempre por ella.

SALV. (Besando á Anita.) Crea usted, Doctor, que no hago diferencia entre ella y mi Narciso. Queriéndola lo mismo que á mí propio hijo, se me

figura que atenúo el daño que causé á Pedro! y...

VID. Y...?...

SALV. Y que reparo en parte... (Baja la voz.) la mala conducta de mi marido.

VID. Ah! Si ese holgazán hubiese querido! Con un poco de buena voluntad, con los trescientos duros de tu padrino, la casa y el huerto, sin contar una muger hacendosa como tú, hubiera sido el hombre más feliz del pueblo; miétras que con su mala conducta...

SALV. Quizás cambie...

VID. Dichosa esperanza! El tio Pascual no quiso admitir la posibilidad de que á Pedro le hubiese sucedido ninguna desgracia. Me nombró albacea, encargándome que á la vuelta de Pedro, le entregue el violin con que os hacia bailar los domingos, y una carta cuyo contenido ignoro. (Con amarga ironía) Si Pedro vive... y vuelve, podrá consolarse de las hipotecas constituidas por su hermano sobre esta casa, tocando el violín del tio Pascual.

SALV. (Con angustia.) Dios mío!

VID. Pero, bah! no te aflijas, Salvadora. Piensa en tu salud y en estos dos angelitos, que no tienen más amparo que tú. Si por ligereza lastimaste á Pedro, harto has expiado ya tu falta.

SALV. (Acariciando á Anita.) Mi pobre Anita!

ANI. Lloras, mamá? Y por qué? No llores, no está aquí papá.

VID. Santa inocencia!

SALV. Créame, Doctor, si procuro mantenerme bastante fuerte para soportar mi carga, no es por mí...

VID. Lo sé. (Se levanta y menea la cabeza. Aparte.) (Pobre muger!) (Alto.) Vamos! Fia en la Providencia; aún cuando interviene tarde, siempre llega á tiempo para remediar las cosas. Hasta otro rato, Salvadora.

ANI. Doctor, si cura usted á mamá, le pediré á la Virgen del Cármen que le dé todo lo que usted desee.

VID. (Besándola.) Pobre Anita! Ruega por tu mamá, que lo necesita más que yo. (A Salvadora.) No

dejes de tomar la medicina. (Salvadora acompaña al Doctor hasta la puerta del foro.)

SALV. El mejor remedio sería la conversión de Sebastián.

VID. Pues ya puedes hacer tu testamento.

SALV. No es malo en el fondo!

VID. Pues ánimo! (Vase.)

SALV. Animo! ¡Dios mío! Dáme la fuerza de vivir hasta que yo vea estas dos criaturas capaces de protegerse mutuamente. (Despierta al niño.) ¡Narciso! ¡Narciso! Vamos, á la cama.

ANI. Yo quiero hacerte compañía, mamá.

SALV. Si, hija mía; esperaremos la vuelta de papá. (Sube la escalera con el niño en brazos y entra en el cuarto.)

ANI. Papá siempre nos riñe!

ESCENA II

WALTON, ANITA, luego SALVADORA, MILLER y SEBASTIÁN.—
WALTON aparece por el foro en el momento en que SALVADORA entra en el cuarto, y se detiene en el umbral de la puerta.

WAL. ¿Cuál de los dos niños?

ANI. (Volviéndose.) Ah! Un señor!...

WAL. Se puede entrar?

ANI. Si. Por quién pregunta?

WAL. (Entrando.) Pregunto, hijita, si es esta la casa de Sebastián Andreu.

ANI. Yo no sé si esta casa es la de Sebastián Andreu, pero Sebastián, que es papá, vive aquí.

WAL. Muy bien contestado. ¿Tú eres su hija?

ANI. Yo soy hija de mamá Salvadora, si señor.

WAL. ¿Y quién es Salvadora?

ANI. Es mamá.

WAL. Y la muger de papá Sebastián ¿no es así?

ANI. (Anita corre hacia la escalera.) Aquí está. Mamá! hay un señor que pregunta muchas cosas.

SALV. (Bajando la escalera.) Qué se le ofrece, caballero?

WAL. Necesito hablar con su marido.

SALV. Bajó esta mañana al pueblo y no sé cuando volverá.

WAL. Tranquilícese usted; su marido no tardará en volver.

SALV. Cómo! usted sabe?...

WAL. Me dió cita aquí y con su permiso le esperaré.
(Siéntase.)

SALV. (Aparte.) (No sé por qué, pero me dá miedo ese hombre. ¿Qué asunto se traerá con Sebastián?)

ANI. (Que ha ido hasta la puerta y vuelve.) Mamá, otro señor.

MILL. (Entrando.) Milord... (Se acerca á Walton.)

WAL. Y bien?

MILL. Ahí viene. (Bajo.) (Sin descubrirle nada le he sondeado; se encuentra en una situación desesperada. Le creo capaz de todo.)

WAL. (Bien.) (Entra Sebastián titubeando como un hombre ébrio y mira en torno suyo. Anita corre hacia él, Sebastián la rechaza.)

ANI. Papá!

SEB. Quita allá, bastarda!

ANI. (Llorando.) Mamá!

SALV. (Besando á la niña.) Sebastián ¿por qué tratas así á esta niña?

SEB. Porque á estas horas debiera estar acostada, y tú tambien.

SALV. Quiso hacerme compañía para esperarte.

SEB. Tengo asuntos demasiado serios en que ocuparme para perder el tiempo en semejantes tonterías. ¡A la cama las dos!

SALV. ¿No me dices nada de tus gestiones? ¿Qué habéis resuelto?

SEB. Si puede ayudarte á dormir te lo diré. Mañana se nos vá á notificar el embargo y la expropiación.

SALV. ¡Dios mío!

WAL. (Bajo á Miller.) (Magnífico! Esta debe ser la niña en cuestión.)

SEB. Déjame!

SALV. No quieres dar un beso á Narciso?

SEB. Lo despertaría. Déjale dormir.—Ah! Trae una botella de vino para estos señores.

SALV. Voy. (Coge del aparador una botella y vasos que pone sobre la mesa. Anita la ayuda.)

MILL. Es hacendosa la mugercita. (Quiere tocarla la cara. Anita se esquiv.)

ANI. ¡Quite! No me gusta que me toquen!

- SALV. Vamos, Anita. (La coge de la mano)
ANI. (Siguiendo á Salvadora y mirando á los forasteros) (Son dos hombres malos... no, tres! porque esta noche papá es peor que de costumbre.)
(Salvadora saluda y sube la escalera con la niña).
SALV. (Me asaltan tristes presentimientos! Vigilaré).

ESCENA III

WALTON, MILLER y SEBASTIÁN

- WAL. Ahora que estamos solos, bebamos.
SEB. (Después de cerrar la puerta de entrada) Con mucho gusto. (Siéntase y sirve vino) Á su salud!
WAL. Á la suya! (Beben. Pausa).
SEB. El señor?...
WAL. (Presentándolo) Mi intendente.
SEB. Su intendente á quien encontré en el camino, me ha dicho que deseaba usted hablarme de cosas muy importantes.
WAL. En efecto. Usted sabe quién soy?
SEB. Su intendente me ha dicho que se llama usted Walton, que es usted un inglés muy rico, que ha comprado la quinta de las *Tres Torres*, situada al otro lado del bosque.
WAL. Todo eso es verdad. Hé aquí el motivo de mi visita. (Saca del bolsillo una cartera) Necesitamos algunos datos acerca de ciertos hechos que usted conoce.
SEB. (Mirándole fijamente) Que yo conozco?
WAL. Recuerda usted un naufragio ocurrido cinco años ha en la costa vecina?
SEB. (Haciendo memoria) Un naufragio?
WAL. Sí, el naufragio de un vapor inglés, el *Ceylan*, que varó en un bajo, y al que no se pudo socorrer á causa del temporal.
SEB. Sí, sí; ninguna embarcación de pesca pudo salir en auxilio de los náufragos.
WAL. Pasajeros y tripulantes perecieron todos.
SEB. No se salvó ninguno.
MILL. (Bajo á Walton) (Ya no cabe duda).

WAL. Y el mar no arrojó á la playa ningún cadáver?

SEB. Cinco ó seis, que fueron llevados al cementerio.

WAL. ¿Había entre ellos el de una muger y el de una niña?

SEB. (Tratando de recordar.)

Una muger... y una niña...

WAL. Haga usted memoria.

SEB. No es fácil. Cabalmente aquel día no me encontraba yo en el pueblo. A mi vuelta, es decir, al día siguiente, me enteré de la catástrofe, y supe que mi hermano se había distinguido en las tentativas de salvamento.

MILL. Su hermano se llama Pedro, verdad? y se encuentra muy lejos de aquí?

SEB. Si. Cómo sabe usted?...

MILL. Lo sabemos y basta!

(Bajo á Walton.) (Es nuestro amigo.)

WAL. Siga usted.

SEB. En efecto... una señora... (Recordando.) eso es...

Una señora fué recogida en la playa... y...

(Se detiene y mira fijamente á los dos forasteros...)

WAL. (Con inquietud.) Acabe.

MILL. Y una niña?

SEB. Y una niña.

WAL. (Bajo á Miller.) (Se confirma todo.)

(A Sebastián.) La señora y la niña estaban muertas?

SEB. La madre sí; ó mejor dicho... murió al poco rato... pero la niña aún vivía... y...

WAL. { Y bién?

MILL. Y vive! (Conteniéndose) Digo, debe vivir.

WAL. (Bajo á Miller.) (No nos han engañado.)

(Levántase nervioso y dá algunos pasos mientras Miller sirve de beber á Sebastián. Este, al beber, no pierde de vista á Walter.)

MILL. Beba usted, amigo.

SEB. (Aparte) (Ah! Esa niña vá á ser mi fortuna.)

WAL. (Después de mirar á Miller de un modo significativo pone la mano sobre el hombro de Sebastián.) He oido decir que sus negocios ván mal.

SEB. No pueden ir peor, Milord. El granizo este año ha destruido la cosecha; he tenido que pedir dinero á préstamo; mi mujer está enferma, y

mañana, si no entrego dos mil pesetas, me echarán á la calle con mi familia!

WAL. Tiene usted hijos!

SEB. Uno... un niño que vá á cumplir cuatro años.

MILL. Y la niña que estaba aquí hace poco?

SEB. (Aparte) (Esa es la madre del cordero.)

WAL. Si... esa niña?...

SEB. Es una criatura recogida por mi hermano. (Mirando fijamente á Walton)

WAL. Hace tiempo?

SEB. Cinco años.

MILL. El día del naufragio del buque inglés?

SEB. Precisamente. (Pausa)

WAL. (Mirando en torno suyo) Miller, mira si está bien cerrada aquella puerta. (La del foro. Miller se cerciora y vuelve, sentándose de nuevo) Sebastián, le supongo á usted bastante inteligente para comprender que poderosas razones le hacen árbitro de los destinos de un hombre de elevada posición.

SEB. A mí?

WAL. Déjeme hablar. Ante ese hombre surge un obstáculo inmenso, y ese obstáculo es una niña, precisamente esa misma niña que su hermano le confió. No quiera usted averiguar cuando ni de qué manera, esa niña, escapada á la muerte que no perdonó á sus padres, hubiera podido destruir las esperanzas de un hombre capaz de todo, para lograr su objeto. Lo que queremos de usted, es que nos ayude á destruir ese obstáculo.

SEB. (Con horror) ¡Un crimen!

MILL. No.

SEB. (Idem) Una muerte!

WAL. ¿Quién habla de asesinato?

SEB. Entonces?...

WAL. Está usted enteramente arruinado. Sus acreedores se incautarán mañana de esta casa y vá usted á encontrarse con su muger y con su hijo en medio de la calle. Pues bien; entréguenos esa niña que no es suya, que no le atañe, poco ni mucho, y le entregamos á usted diez mil pesetas.

- SEB. (Con estupefacción) Cómo!
- MILL. Dos mil duros.
- SEB. (Aparte) (Una fortuna) (Alto) Pero...
- MILL. No tiene usted nada que temer. Esa pobre huérfana no perderá en el cambio.
- WAL. Casi cumple usted con un deber.
- SEB. Cómo justificar?...
- WAL. Su ausencia? Pues sencillamente: se la han robado... ha huido... ¡qué sé yo! Hay tantas excusas! Por lo demás, la responsabilidad de usted respecto á una criatura recogida por su hermano, ausente desde hace tantos años, es muy relativa.
- SEB. Si, pero mi muger?...
- WAL. Su muger le dejará tranquilo viendo reinar otra vez la prosperidad en casa. ¿Acepta usted la proposición?
- SEB. En mi situación desesperada la tentación es irresistible!
- MILL. (Aparte) (Al fin!)
- SEB. ¿Y cuándo?
- WAL. (Mirando la hora en su reloj) Son las diez. Dentro de media hora, Miller estará esperando en las inmediaciones de la puerta. (Señala la del foro) Su muger y los niños dormirán profundamente, de seguro, y no le será difícil sacar á la niña sin que ella ni los demás despierten. Se la entrega á Miller, y él le dará en cambio las diez mil pesetas. ¿Estamos de acuerdo?
- SEB. Sí, dentro de media hora.
- WAL. (Se levanta.) Convenido. (Le dá la mano y se dirige hácia la puerta del foro.)
- SEB. Mejor será que pasen ustedes por aquí, por el huerto. (Abre la puerta del huerto.) Saldrán directamente al camino que conduce á la quinta.
- WAL. Hasta más ver! (Váse con Miller. Sebastián les alumbraba con el quinqué desde la puerta.)

ESCENA IV

SALVADORA y SEBASTIAN

Salvadora aparece en lo alto de la escalera pálida y emocionada. Sebastián vuelve; pone el quinqué sobre la mesa y se sienta. Echa vino en su vaso y bebe: mientras tanto Salvadora baja sin-ser vista de su esposo.

SEB. Diez mil pesetas! Con diez mil pesetas pago mañana á mis acreedores y con lo restante...

SALV. (Poniéndole la mano sobre el hombro.) ¿Y tu conciencia quedará tranquila, Sebastián?

SEB. (Levantándose bruscamente) Tú!

SALV. Yo!

SEB. Has oído?

SALV. Todo!

SEB. Fatalidad! (Se deja caer sobre la silla.)

SALV. Sebastián, era una infamia! Después de haber arruinado á tu hermano ¿querías hacerte cómplice de un asesinato?

SEB. De un asesinato?

SALV. Sí... hubieran matado á esa criatura confiada á nuestra custodia.

SEB. ¿Quién te lo ha dicho?

SALV. Es fácil de adivinar. Lo que quieren es su desaparición, ¡su muerte!

SEB. Y si únicamente se tratase de su bien? Me lo han asegurado.

SALV. ¿Cuándo has visto que una noble acción se rodee de misterio? Si tuviesen la intención de hacer un bien á la niña, la luz del día no les hubiese asustado. Y además ¿á qué ofrecer una cantidad tan crecida?

SEB. (Levantándose) Ea, basta! Hace ya demasiado tiempo que mantenemos á esa vagabunda sin casa ni hogar. No te preocupes de ella. Diez mil pesetas no se desprecian así como así.

SALV. Y si tu hermano vuelve ¿qué historia inventarás? Oh! Sebastián! No es posible que te hayas pervertido á ese extremo!... Aun queda algo sano en tu corazón. El diablo te tienta. No estás en tu juicio... El vino que has bebido te hace desvariar... Si, es el vino... El vino te ha hecho olvidar tantas veces que eres padre de

familia! Sebastián, ten compasión de mí, de la huerfanita, que encontrará la muerte tan pronto como la separen de nosotros! Sebastián! Me siento morir... Los niños no tendrán más amparo que tú. Ten compasión de ellos! (En el colmo de la desesperación llora y le abraza. Le da un acceso de tos y medio desfallece. Sebastián la ayuda á sentarse en una silla).

SEB. (Con un asomo de emoción) Vamos, Salvadora, tú siempre exageras! A la niña la quieren asegurar el porvenir. Y, además, piensa que mañana nos plantarán en el arroyo. ¿Qué vá á ser de nosotros? Qué vá á ser de tí, enferma como estás?

SALV. La miseria, el hambre, todo lo acepto; pero semejante crimen sobre la conciencia, no, Sebastián, jamás!

SEB. Pues yo no acepto la miseria! Por esto es que libre de esa parásita que en nada nos atañe, quiero pensar en el pasado y asegurar el porvenir! (Salvadora hace un esfuerzo y se levanta)

SALV. Entonces es cosa resuelta?

SEB. Si! Mañana discurrirás mejor.

SALV. Pues bien; escucha lo que te voy á decir. Puesto que tu corazón se ha cerrado á la voz del deber y del honor; puesto que ni mis lágrimas ni mis súplicas pueden vencerte, seré yo la que te impida cometer una infamia.

SEB. Tú. ¿Y cómo?

SALV. Ya lo verás. (Se dirige hácia la escalera.)

SEB. (Deteniéndola.) ¿A dónde vas?

SALV. ¡Déjame! (vacilante.)

SEB. (Amenazándola.) Salvadora!

SALV. No comprendes que, á pesar tuyo, salvaré á esa pobre niña? (En este momento Anita y Narciso salen del cuarto y se detienen espantados en lo alto de la escalera. Anita hace señas á Narciso para que calle; luego, cogiéndole de la mano, baja sigilosamente con él la escalera. Ambos se ocultan detrás de la mesa de la izquierda de modo que los vea el público.)

SEB. Quiero saber lo que harás para contrariar mi voluntad.

SALV. Cogeré á los niños, é iré de puerta en puerta revelando vuestra trama infernal!

SEB. (Furioso.) No lo intentes!

SALV. Sebastián! (Queriendo marchar.)

- SEB. No! tú no harás semejante cosa! (La empuja con violencia. Salvadora da un grito, se lleva la mano al corazón y se desploma.)
- SALV. Ah!.. (Con voz entrecortada.) Sebastián!... me has muerto!.. ¡Oh! hijos míos! Narciso de mi alma! Pobre Anita! (Muere. Pausa.)
- SEB. (Permanecē un momento inmóvil, mirando á Salvadora; luego se acerca á ella.) El corazón ya no late... Está muerta!.. A menos de que sea un síncope.. El Doctor lo tenía previsto. (Se levanta.) No hay que perder la serenidad... ni el tiempo. Desde luego á la niña! (Cierra con llave la puerta principal, coge el quinqué y sube la escalera. Anita, detrás de la mesa con Narciso, espía los movimientos de Sebastián. En el momento que éste entra en el cuarto. Anita, llevando al niño de la mano, huye con él por la puerta del huerto.)

CAE EL TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de noche, una noche de tempestad. La escena está débilmente iluminada por una vela.

ESCENA PRIMERA

CATALINA, MARTIN, luego el Doctor VIDAL y PEDRO.
Al levantarse el telón, relampaguea, truenos y llueve.

CATAL. Jesús, María y José! Qué noche más infernal!

MART. Bendita sea la tormenta que me permite pasar una hora más á tu lado.

CATAL. Pero Martín, ¿olvidas que soy casada?

MART. Mejor! Así no comprometo mi independencia. A un tiempo puedo gritar: ¡Viva la libertad! y viva la reina de toda la comarca y sus contornos!

CATAL. Pues la reina manda que no faltes al noveno mandamiento.

MART. Si yo tuviera una muger como tú, no desearía la del prójimo.

CATAL. Pero yo soy una muger honrada, y si mi Vicente trabaja lejos de aquí, no es una razón para que yo le falte contigo.

MART. Conmigo, Y con Sebastián?

CATAL. Cállate, mala lengua. ¿También te haces eco de esas calumnias ridículas? Si consentí en encargarme del gobierno de esta casa, después de la muerte de Salvadora, fué para ganar algún dinero, y también por amor al pobrecito Narciso.

MART. Y si yo consentí en cuidar del huerto, fué para comer de esas sopas tan ricas que tu haces, y también por el gusto de verte á todas horas. Pero una muger jóven, que vive bajo el mismo

techo que un hombre joven, no deja de correr algún peligro. Confiésalo, Catalina.

CATAL. No vengo aquí de noche más que cuando el amo está ausente, y me marcho tan pronto como él regresa de la quinta. Además la maledicencia me tiene sin cuidado. Yo á nadie quiero más que á mi marido. Se me figura que hace diez años que no le veo.

MAR. ¿Cuánto tiempo hace que partió?

CATAL. El día de su despedida se me quedó grabado en el corazón. (Cuenta con los dedos) Era un lunes... no, un jueves. En fin, hace ya tres ó cuatro meses. (Relámpagos, truenos y rayos)

MAR. (Irónico) Si eres tan fiel como tu memoria.

CAT. Martín, no busques tres piés al gato.

MAR. Con el tiempo que hace, seguramente Sebastián se quedará á dormir en la quinta de las *Tres Torres* y la tormenta nos obliga á pasar la noche aquí juntos.

CAT. Tú ya estás tomando soleta! (Indicándole que se marche)

MAR. Que me marche?

CAT. A ningún hombre de bien le asusta el mal tiempo, cuando se trata de no comprometer á una mujer.

MAR. Ni el mismo diablo se atreve á ir por el mundo con semejante tempestad. (Relámpago seguido de trueno. El viento abre la puerta del fondo, por la cual aparecen Pedro y el Doctor Vidal, éste encapuchado con un chubasquero y aquél envuelto en una capa. Catalina y Martín dan un grito de espanto y caen uno en brazos del otro.)

CAT. { Ay! El diablo!

MAR.

VIDAL Si, el diablo acompañando á un muerto resucitado.

CAT. ¡Santa Catalina gloriosa!... ampárame!

MAR. Doctor, si tiene ahí la lanceta, hágame una sangría; sino voy á morir del susto!

VIDAL Cobarde! Saluda al verdadero amo de la casa.

CAT. { Sebastián!

MAR.

VID. No, Pedro, el buen amigo Pedro, que dábamos por muerto y que vuelve más bueno y sano que nunca.

- CAT. ¡ Pedro!
- MAR.
- PED. (Se adelanta y se desemboza.) Si, Pedro. Después de diez años de ausencia, encuentro aquí muchos cambios, pero nunca me olvidé de mis amigos, ni de mi pueblo. (Estrecha la mano á Catalina y á Martín.)
- MAR. (Aparte á Catalina) (He aquí un aparecido que hará poca gracia á Sebastián).
- CAT. (Aparte á Martín) (Y de quién vamos á cobrar ahora). (Alto) Bien venido sea nuestro amo! Tiene algo que mandar?
- VID. Que nos dejéis solos. Catalina, vete á descansar al lado del niño... y tú Martín...
- MAR. Al lado de Catalina.
- VID. A tu casa! (Gesto de contrariedad en Martín) A menos que quieras dormir en la cuadra.
- MAR. Prefiero dormir en la cuadra.
- VID. Pues retiraos.
- CAT. Buenas noches.
- PED. Y no salgais para nada, aún que oigais ruido por aquí.
- VID. Sí, dormid todo lo tranquilos que permita vuestra conciencia.
- CAT. Oh! yo duermo como un lirón.
- MAR. El sueño de la inocencia!
- CAT. Buenas noches. (Se va por la escalera)
- MAR. Si hace falta mi ayuda, que me llamen. (Aparte) (De seguro aquí vá á pasar algo!) (Pausa) (Váse por la puerta del huerto. El Doctor cierra con llave la puerta de entrada. Después se acerca á Pedro que se ha sentado pensativo y le pone la mano sobre el hombro.)
- VID. En qué piensas, Pedro?
- PED. Pienso en las cosas que han sucedido, y me pregunto, al verme aquí, más pobre que nunca, si todo es un sueño ó una realidad. En el camino pensaba pedir hospitalidad al tío Pascual, no atreviéndome á llamar á esta puerta, con ser la de mi casa, por temor de importunar con mi presencia á mi hermano y á su muger. Preocupaciones inútiles! Pascual y Salvadora han muerto; la huérfana que la madre me confió ha desaparecido!... Todo eso parece un sueño!... Ay, Doctor! Si el deber no me dictara

- mi conducta, y no me obligára á buscar á esa pobre niña, quisiera no haber vuelto, ó volvería á partir esta noche misma.
- VID. Lo comprendo; pero reflexiona bien lo que debes hacer. Hay muchos cabos que atar. Si Dios te ha conservado la vida, es que ha oído las preces de una desdichada madre que puede pedirte cuenta de como has velado por su hija! Prepárate pues á todo. Si te he llevado á mi casa ántes de venir aquí, si te he puesto al corriente de todo lo ocurrido durante tu ausencia, ha sido con el objeto de que puedas tomar-inmediatamente tus resoluciones.
- PED. Bendigo la Providencia que le puso á usted en mi camino á mi llegada al pueblo, y le estoy tanto más agradecido, cuanto que una vez muerto el tío Pascual, no esperaba encontrar aquí un amigo que me guiase con su buen juicio y sus consejos.
- VID. Los hombres honrados encuentran siempre el apoyo de los hombres de bien para luchar contra los malvados.
- PED. Ha dicho usted que la niña desapareció el mismo día de la muerte de Salvadora?
- VID. La misma noche.
- PED. ¡Coincidencia más singular! Y usted qué opina?
- VID. ¿Qué quieres que te diga? Es un misterio!
- PED. Esa coincidencia hace suponer que la muerte de Salvadora no es agena á la desaparición de la niña.
- VID. Así lo creo; mejor dicho, así lo creemos todos.
- PED. Entonces supusieron?...
- VID. Oh! muchas cosas! Pero después de haber examinado friamente los acontecimientos y estudiado con paciencia todas sus particularidades, creí poder asentar que los dos niños se fugaron de la casa.
- PED. Los dos niños?
- VID. Si, puesto que luego se encontró á Narciso, el hijo de Sebastián y Salvadora.
- PED. No comprendo...
- VID. Salvadora estaba enferma del corazón, y la menor emoción podía matarla. Sebastián se retiró aquella noche de muy mal humor; había ido

al pueblo en busca de dinero, á fin de evitar un embargo inminente, y volvía con el bolso tan vacío como ántes. Su muger debió interrogarle... él contestaría bruscamente como de costumbre... disputarían... y á los reproches de Salvadora, Sebastián contestó con golpes. (Pedro hace un movimiento de indignación). Ambrosio, que pasaba en aquel momento, declaró haber oído gritos. Lo cierto es que la niña, asustada, se levantó, y en compañía de Narciso, que también había despertado, aprovechó durante la disputa un momento favorable, y se refugió en el huerto desde donde huyó al campo.

PED. Eso, después de todo, no son más que suposiciones.

VID. Pero de una lógica evidente. Sebastián, que había salido en busca de los niños, encontró á su hijo profundamente dormido en el establo. La niña no había dejado huella alguna.

PED. Pero una criatura de cinco años, de noche, no puede ir muy lejos. Si las indagaciones hubieran sido más serias y más acertadas...

VID. Amigo mio, hay una particularidad que dá que pensar.

PED. ¿Qué particularidad?

VID. Pasaba por el pueblo una compañía de titiriteros que se instaló debajo del puente nuevo para pasar la noche.

PED. Y usted supone?...

VID. Que aquellos saltimbanquis tropezaron con la fugitiva y se la llevaron oculta en su carricoche.

PED. Se sabe qué dirección tomaron?

VID. Se indagó, se escribió, pero sin resultado. Y han transcurrido diez años desde aquella noche fatal! Cómo aclarar ese misterio?

PED. ¡Pobre niña! (Paseándose) La desgracia la perseguía desde la cuna! ¿Dónde estará? ¿Qué habrá sido de ella?

VID. Pobre criatura!

PED. Y de mi hermano, qué se sabe?

VID. El día después de la muerte de su muger confió su hijo á Catalina, trabó conocimiento con unos ingleses muy ricos que habían comprado

la quinta de las *Tres Torres*, y supo ganar su voluntad al extremo de que pagaron sus deudas y le emplearon como guarda bosque.

PED. (Sorprendido) Cosa más singular!

VID. Es lo que me he dicho cien veces sin explicármelo!

PED. (Dando una patada en el suelo) Yo necesito hablar con Sebastián! Yo le hablaré!

VID. No sacarás nada en limpio. Ahora una pregunta á mi vez. Dónde y cómo has pasado el tiempo de tu ausencia? No has escrito nunca?

PED. Mi destierro fué un destierro forzoso, y todo lo ocurrido no es más que la consecuencia de mi alejamiento fatal. Hay cosas tenebrosas en mis aventuras, aunque me parecen relacionadas con la suerte de la pobrecita huérfana... Seré breve. Cumplido mi compromiso con la casa Torres, decidí embarcarme en Bombay, á bordo de un vapor de las Mensagerias francesas. Conmigo regresaba otro marinero español, un alicantino. La noche antes de nuestra salida, entramos en un café del puerto donde había marineros chinos y unos cuantos viajeros. Mi compatriota y yo estuvimos hablando largo rato de diferentes cosas. No sé á propósito de qué, le referí el naufragio del *Ceylan* en nuestra costa, explicándole el salvamento de la niña. Momentos después, un mozo del café preguntó quien se llamaba Pedro Andreu. Me levanté, y el mozo me dijo que en la calle estaba una persona que deseaba hablarme. Sali, y me encontré en presencia de un hombre bien vestido, pero cuyo rostro me impedía distinguir el embozo de un macferlanh.—«¿Eres el marinero español Pedro Andreu?» me preguntó.—Apenas hube contestado afirmativamente, cuando recibí por la espalda un tremendo garrotazo en la cabeza... En vano traté de gritar... Se me nublaron los ojos, vacilé y caí al suelo, donde seguramente el agresor me dejó por muerto. Recobré los sentidos en una cama de Hospital, y durante un año, estuve entre la vida y la muerte! ¡Ah! qué año de sufrimientos! Me acosó el espantoso fantasma

de la locura! Por fin curé... pero, sumido en la mayor miseria, me era imposible volver á mi patria. Tales son los motivos que me impidieron escribir y creo que si intentaron asesinar-me fué para hacer desaparecer las huellas de algún otro crimen, tal vez mayor.

VID. Parece evidente. Y de los asesinos nada se averiguó?

PED. Nada. Lo que no olvidé jamás, ni aún durante mi delirio, lo que no olvidaré nunca es el timbre de la voz que me preguntó: «Eres el marinero español Pedro Andreu?»—Aquella voz repercute todavía en mis oídos como un eco terrible que me persigue.

VID. Mi querido Pedro, de tu historia se desprende que debes vivir alerta, porque tienes poderosos enemigos ocultos de qué guardarte.—Pero la tormenta ha cesado, te dejo. Necesitas descansar y yo también. Hasta mañana. No te olvides de la carta de Pascual que te entregué. Léela: de seguro encontrarás en esa carta algo que te interese.

PED. (Sacando la carta del bolsillo) Si contiene algo de importancia, se lo comunicaré á usted.

VID. Dispón de mí sin reparo alguno. En cuanto al violín... te lo entregaré mañana. Pásate por mi casa y te haré un recibo en regla. Como soy albacea de Pascual, es preciso que todo se haga en debida forma. Hasta mañana.

PED. Gracias, Doctor. (Estrechando con efusión la mano que le tiende el Doctor.)

VID. Ya me darás las gracias cuando haya hecho algo por tí y por la niña. (Váse.—Pausa.—Pedro lo acompaña hasta la puerta del fondo; vuelve luego, se sienta al lado de la mesa, cerca de la luz. Saca otra vez la carta que había vuelto á meterse en el bolsillo y lee ei sobre.)

PED., “Para mi amigo Pedro Andreu si vuelve al pueblo después de mi muerte.”—Pobre Pascual! Noble corazón! Hasta tu última hora pensaste en el amigo ausente! (Abre la carta y lee.) —“Mi querido Pedro: Si aún vives y vuelves un día al pueblo, de lo cual nunca perdí las esperanzas, lo primero que te suplico, es que vayas al cementerio, que busques mi sepultura y reces un Padrenuestro en sufragio del alma de tu

viejo amigo. Siento que el instante supremo se acerca y pongo todo mi corazón en estas líneas, á fin de tener bastante elocuencia para hacerte comprender lo que no puedo revelarte abiertamente. El día de tu marcha me confíaste una huérfana sin fortuna y sin nombre. La Providencia ha querido que se sepa quien es esa niña hoy dueña de un nombre y de una fortuna. Que tu ausencia, sin duda forzosa, no haga de la pobre huérfana una abandonada.“—

(Hablado.) —Un nombre y una fortuna? Será cierto? Pero ese nombre ¿cómo es que Pascual no ha podido revelarlo? —(Sigue leyendo.)

“No puedo ni quiero explicártelo todo en esta carta; si cayese en manos estrañas podría aumentar los peligros que corre la criatura que nos hemos comprometido á proteger. Me veo obligado á confiarla á tu hermano Sebastián. El Doctor Vidal se encargará de esa misión, cuando yo haya cerrado los ojos. Si esta carta llega á tus manos, Anita (continuo dándole este nombre) no tendrá ya nada que temer. Pesa bien mis palabras, y no pongas en duda la justicia de Dios que siempre protege á los buenos, contra los malos. Adios Pedro. Si hay otra vida, te prometo rogar por tí desde la mansión de los justos; te dejo por toda herencia mi violín, mi único amigo fiel después de tí. Consérvalo como un objeto sagrado... (Muy marcado) No te desprendas de él jamás, sean cuales fueren las vicisitudes de tu vida; y si llegase un momento en que, perdidas todas las esperanzas, te creyeses vencido, coge mi violín, haz vibrar sus cuerdas, y en su dulce resonancia el alma de tu viejo amigo aun te hablará. — Pascual.” —(Pausa.—Se queda pensativo y

repite maquinalmente) El alma de tu viejo amigo aun te hablará! (Llaman recio á la puerta del fondo. Pedro se levanta) ¿Quién vá? Será mi hermano?

SEB.
PED.

(Dentro) Abre, Catalina... Soy yo... Sebastián!
No me equivoqué.

(Se guarda la carta en el bolsillo, abre la puerta y se queda apartado en el fondo).

ESCENA II

PEDRO y SEBASTIÁN

- SEB. ¡Catalina! Cómo, no hay nadie! (Se dirige hacia la puerta del huerto y tropieza con Pedro, que le mira inmóvil) Un hombre! ¿Quién eres?
- PED. No me reconoces, Sebastián?
- SEB. Esa voz... (Coge la luz y se acerca á él) Mi hermano!
- PED. Tu hermano. (Sebastián vuelve á dejar la luz y se deja caer en una silla.)
- SEB. ¡El! (Pausa)
- PED. No me esperabas? Es natural. Diez años de ausencia acostumbran á la idea de un destierro eterno.
- SEB. La sorpresa...
- PED. Puede más que la alegría de volverme á ver... ¡Estraño contraste de sentimientos! Nunca te causé el menor daño; procuré siempre ayudarte sacrificando hasta mis intereses... y tú nunca me diste la más pequeña prueba de agradecimiento.
- SEB. (Levantándose) Desde luego, la hora no me parece oportuna para discutir. Por otra parte, no sé donde quieres venir á parar. Esta es tu casa; á lo que veo, quieres tomar entera posesión de ella. Estás en tu derecho. Por lo tanto, te cedo el puesto y en paz! (Va á salir. Pedro le detiene)
- PED. Un momento.
- SEB. Qué pretendes?
- PED. Arreglar cuentas.
- S. B. Todas las que quieras. (Mirándole con ironía)
- PED. Un día, ¡día inolvidable! me resigné á cederte á Salvadora, á sacrificarte mi felicidad. Me resigné á sufrir y á vivir solo. Te dejé una casa y unas tierras que constituían toda mi fortuna, penosamente reunida al cabo de largos años de trabajo incesante. Se te confió después una huérfana, destinada á ser la única alegría y el único sostén de mi vejez. En suma, te quedaste con todo lo que yo poseía, y me lo has robado..

- SEB. Pedro!
- PED. Robado. No hay otra palabra que pueda expresar gráficamente mi pensamiento. Mataste á Salvadora... Sin la limosna de un extranjero, esta casa ya no me pertenecería, y pesa sobre el destino de la niña un espantoso misterio! — Contesta y procura no mentir. ¿Dónde está Anita?
- SEB. Lo ignoro.
- PED. Ha muerto? Vive aún?
- SEB. Nada sé.
- PED. (Mirándole con fijeza.) Sebastián ¿no se cometió aquí un negocio infame?
- SEB. (Asustado.) Un negocio?
- PED. ¿No vendiste á esa niña, como Judas vendió á Jesús?
- SEB. (Altivo.) Ea! basta ya! Estoy harto de tus ofensas y de tus preguntas!
- PED. (Conteniéndose.) Sebastián!
- SEB. Si la bribona se fugó de casa, ¿yo qué culpa tengo? ¿Quién sabe si motiva tu cólera la destrucción de esperanzas ménos dignas que mi conducta contigo?
- PED. Y te atreves!...
- SEB. Procura dar con ella, y obra como se te antoje. No seré yo quien te estorbe en tus negocios!
- PED. (Arrojándose furioso sobre Sebastián, lo agarra por las solapas.) Miserable! Dí que no piensas lo que dices! (Se oye dentro la voz de Narciso que llama:) Mamá! Mamá!
- SEB. Mi hijo!
- PED. Tu hijo! Llama á Salvadora. Vé y dile que su madre no contesta porque tú la asesinaste! Anda! Sal de aquí! Vete antes de que el recuerdo de nuestra madre que se interpone entre ambos se haya borrado del todo. No hagas que me olvide de los vínculos sagrados que te protegen. No quisiera olvidarlos! Vete! Vete! (Ante la actitud de Pedro, Sebastián baja la cabeza y se dirige lentamente hácia la puerta del fondo. De pronto llaman á la misma puerta. Pedro escucha atento. Sebastián se detiene y mira á Pedro que le dice:) Han llamado! Contesta.
- SEB. ¿Quién vá?
- MILL. (Desde fuera.) ¿Es usted, Sebastián?

- PED. (Con gran sorpresa.) Esa voz!
- SEB. Sí, soy yo!
- MILL. (Desde fuera.) Mañana, al amanecer, le esperamos en la quinta de las *Tres Torres*. No falte.
- SEB. No faltaré.
- PED. (Aparte.) ¡La voz de la noche terrible!
- SEB. Adios, Pedro. Es probable que nunca más oigas hablar de mí!
- PED. Por tí lo deseo... (Señalando al cuarto.) y por tu hijo!
- SEB. Adios. (Vase.)
- PED. Mañana al amanecer en la quinta de las *Tres Torres*, ha dicho aquella voz cuyo acento terrible aún repercute en mis oídos enloqueciendo mi cerebro. ¿En la quinta de las *Tres Torres*? Allí estaré yo también!

CAE EL TELÓN

ACTO CUARTO

Interior de un barracón de Saltimbanquis con utensilios del oficio. Carteles pegados en las paredes, etc., etc. En el fondo dos cortinas que cubren la puerta de entrada. A la izquierda la entrada del Circo ambulante.

ESCENA PRIMERA

MACHUCA y CLEMENTINA en el barracón. SATURNINO detrás de las cortinas del fondo sobre una tarima; luego, ESMERALDINA.

Al levantarse el telón y durante el tiempo que se desprende del diálogo, se oye clamoreo de muchedumbre detrás de la cortina del fondo, clamoreo que se oye más ó menos según la cortina esté abierta ó cerrada. Machuca, vestido de atleta, sentado en una butaca vieja y de codos sobre una mesa rústica. Clementina, vestida de volatinera, con capa ó abrigo de calle, entra por la izquierda. Saturnino habla al público. De vez en cuando abre un poco las cortinas y asoma la cabeza. Bombo y platillos por toda música en la tarima.

SAT. ¡Adelante, señoras y caballeros! Adelante! (Golpe de bombo y platillos) Entren ustedes y verán el espectáculo más sorprendente del siglo.— Asientos de preferencia, dos reales. De segunda, un real. Niños y soldados una perra grande. ¡Diez céntimos nada más! (Bombo) Por diez céntimos vereis los maravillosos trabajos de la compañía! La función va á empezar! El que quiera tener buen sitio que se dé prisa. (Risas fuera) Vean ustedes el programa:... Cinco números de primer orden: Machuca, llamado el Hércules moderno, el hombre más extraordinario del mundo en sus trabajos variados y nunca vistos. Esmeraldina, el prodigio del siglo XX. Doble salto mortal á caballo en

pelo, en la grupa de Mustafá, regalo del Sultán de Marruecos... un magnífico animal nacido en las estepas del Cáucaso y criado en los oasis del desierto de Sahara. (Risas fuera) Adelante! que vamos á empezar! ¡Hop-lá! Música! (Bombo. Asomando la cabeza por entre las cortinas) Cómo sigue Rufino?

CLEM. (Llorando.) Tiene mucha calentura y está delirando.

SAT. ¡Qué desgracia! (Desaparece detrás de las cortinas.) Adelante! que la función vá á empezar! Por aquí los asientos de preferencia. La entrada general por aquí. Música! (Bombo.)

MACH. ¡Pobre Rufino! Esa desgracia tenía que suceder.

CLEM. Lloras, papá? (Acercándose á él.) Entonces la cosa es grave?

MACH. No, hija mía, no; no hay que perder los ánimos.

SAT. (Entrando.) ¿Qué remedio nos queda más que seguir alimentándonos de esperanzas?

MACH. Hay mucha gente?

SAT. Todavía hay poca. Pero, á fuerza de charla y de música, creo que la entrada llegará á cubrir gastos. Yo me desgañito, y la señora Perpétua toca el bombo con tanta furia, que milagro será si no lo rompe.

MACH. Vuelve á tu puesto. A ver si sacamos al ménos con que pagar al cirujano. Porque habrá que llamarle para ese pobre chico descalabrado.

SAT. No me lo recuerde, señor Machuca; de lo contrario, la desesperación no me vá á dejar aliento para animar al público!

MACH. Vuelve á tu puesto.

SAT. Voy en seguida. (A Clementina.) Daria dos dedos de la mano derecha porque no le hubiera sucedido semejante desgracia á tu hermano. No me perdonaré nunca mi torpeza. ¡Pobre Rufino! (Se enjuga una lágrima con el revés de la mano.) No me guardas rencor, Clementina? (Clementina le da la mano sin hablar.) ¡Gracias! (Con efusión.)

MACH. Pero Saturnino! Que estás haciendo falta en la puerta!

SAT. Voy! (Tira con rabia su sombrero al suelo.) Cuando pienso que la desgracia ocurrió por culpa mia! Un trabajo que habíamos hecho mil veces juntos!

MACH. ¿Pero vas ó no?

SAT. Voy! (Recoge el sombrero.) Pobre Rufino! (Se enjuga otra lágrima y desaparece detrás de las cortinas gritando:) La función va á empezar en seguida! Adelante! Adelante! Por aquí, señores... asientos de preferencia, por aquí!... Señora Perpétua, un poco de música! (Bombo)

MACH. Dónde está Esmeraldina, que aun no la he visto?

CLEM. En el cuarto. La dejé leyendo una carta.

MACH. De unos días á esta parte, Esmeraldina me da que pensar?

CLEM. Por qué razón?

MACH. Diríase que espera una ocasión oportuna para abandonarnos. En pago de haberla enseñado yo mismo á leer y escribir, me oculta las cartas que recibe.

CLEM. Eso te preocupa?

MACH. Sólo me entero de lo que tiene á bien decirme. Esmeraldina no nació para llevar nuestra vida! El día ménos pensado va á desaparecer. Quizás no tendrá ella la culpa, pero sucederá lo que te digo... y entonces ¡adiós Circo! Todo se lo llevará la trampa... y á mí me enterrarán en el primer cementerio que se encuentre al paso.

CLEM. Silencio! Ahi viene. (Entra por la derecha Esmeraldina en traje de sociedad, muy sencillo pero aseado.)

ESME. Han llamado al médico?

MACH. Ante todo deberías preguntar si tenemos de qué comer.

ESME. El médico diría si el pobre Rufino está grave y le recetaría algo.

MACH. Gastar inútilmente en medicinas... ¡imposible! En mis tiempos todos los males se curaban con aceite del candil, y en el día, gracias al progreso, para todo se han inventado específicos, que si no curan, aligeran el bolsillo, y no se encuentra un candil para un remedio.— Aun no estás vestida?

ESME. (Suspirando) Sobra tiempo! (Baja la cabeza pensativa)

MACH. (A Clementina) (La ves? Siempre asi! No me equivoco, no.)

CLEM. (La desgracia de Rufino la tiene muy afectada.)

- MACH. Es posible, pero yo no me hago ilusiones, no.
(Menea la cabeza y resuella.)
- SAT. (Detrás de las cortinas.) Adelante! Pasen ustedes!... Ahora mismo vá á empezar la función. Función extraordinaria, compuesta de cinco partes. Veán ustedes el programa: Primera parte: Gran marcha triunfal por toda la compañía y representación al natural del saludo á César por los gladiadores romanos. Segunda parte: El gran Machuca, llamado el Hércules moderno, ejecutará varios de sus trabajos sorprendentes que ponen la carne de gallina! ¡Brruuu! Por última vez y á petición del público, representará á Prometeo arrancando la roca, á la cual se halla encadenado, y se la llevará á cuestras, fumando un puro del estanco y apoyándose á guisa de bastón en un cañón de artillería.
- VOCES. ¡Hooo! (Dentro.)
- SAT. Yo mismo, Saturnino, para servir á ustedes, Saturno segundo, en la historia, amenizaré el espectáculo con intermedios cómicos. Me tragaré estopas inflamadas, y un pollo asado, si hay quien me lo regale. ¡Hop-lá! (Risas y bombo. Machuca, que se ha levantado, dá una ojeada al exterior por entre las cortinas.)
- MACH. En vano se desgaña el pobre diablo! La gente se para á oír sus reclamos, pero nadie entra. Me temo que Prometeo se quede encadenado, sin que él ni sus hijos tengan que comer.
- CLEM. Animo, papá. (Besándolo.)
- SAT. Tercera parte! Esmeraldina, la reina de las amazonas, dará el doble salto mortal en la grupa de Mustafá, el indómito caballo de las Pampas que le regaló el General Sombrero, Presidente de la República Argentina. (Risas y gritos.)
- MACH. Animal! (Dándole un puntapié en la cortina.)
- SAT. Ay!... ¡Música! (Varios golpes de bombo. El último muy seco. Risas, silbidos y aplausos.)
- CLEM. ¿Qué pasa?
- MACH. (Mirando por entre las cortinas.) Otra desgracia! El bombo roto! (Entra en escena la señora Perpétua vestida de titiritera; trae el bombo destripado. Saturnino la sigue compungido.)
- SAT. Dispense usted, señora Perpétua. Quise ahogar

- en las sonoridades del bombo el error histórico que acababa de cometer por distracción.
- PER. En veinte años de darle á la badana, nunca me sucedió tal percance, y á tí te ha bastado un momento para destriparla. ¿Qué vamos á hacer ahora? (Pone el bombo y los platillos en el suelo.)
- MACH. Es el día de las desgracias! Llegó la última hora del Circo Romano!
- SAT. Si mi pellejo sirve para algo, dispongan ustedes de él.
- MACH. ¿Cuánto hay de entrada?
- SAT. Tres pesetas, veinticinco céntimos y un botón.
- MACH. (Desesperado) No cubrimos gastos!
- SAT. Y el panadero amenaza con embargar el Circo!
- MACH. Entonces...
- SAT. Hambre en toda la línea!
- MACH. Y hoy es la fiesta mayor del pueblo!
- SAT. Y para honrar el Santo patrón de la localidad, tenemos que ayunar!
- MACH. Buen porvenir nos espera!
- SAT. No hay más pólvora para cargar el cañón!
- MACH. ¿Cómo salir del apuro?...
- SAT. Quedan los platillos. (Los platillos) Voy á continuar.
- MACH. Y el público?
- SAT. ¡Oh! Al público le haré tragar alguna bola! Pero hay cosas más graves. Mustafá y Bucéfalo todavía no se han desayunado y no querrán andar.
- MACH. Pues sin los caballos no hay función posible. Devuelve el dinero al público... y á preparar-lo todo para largarnos de aquí mañana mismo!
- CLEM. A dónde iremos con Rufino entre la vida y la muerte?
- MACH. Mañana veremos.
- SAT. ¿Qué le diré al público?
- MACH. Díle que se vaya á paseo!
- SAT. (Detrás de las cortinas) Señores! váyanse ustedes...
- MACH. Animal! (Dándole un empujón al través de la cortina)
- SAT. Váyanse ustedes preparando para recibir una mala noticia. (Murmillos) Una indisposición repentina del Hércules moderno, nos pone en la imposibilidad de dar la función, y como somos de una honradez inverosímil, vamos á devol-

ver el dinero al público. (Murmullos y gritería que disminuye poco á poco.)

MACH. Nosotros á cambiar estos andrajos por otros menos chillones, y á entregarnos en manos de la Providencia. (Muchuca, Perpétua y Clementina se van por la izquierda. Esmeraldina, que ha permanecido sentada, sin prestar atención á lo que pasaba en torno de ella, se queda un momento sola.)

ESME. Dios mío! Esta existencia es insoportable! Cada día los mismos apuros, las mismas angustias, la misma miseria! Me van faltando fuerzas y voluntad para continuar esta lucha incesante por la vida! (Entra Saturnino con una rebanada de pan y un pedazo de salchichón.)

SAT. Dónde está la familia?... ¿Esmeraldina?

ESME. Quién?

SAT. Traigo pan y salchichón... Quizás Rufino comería...

ESME. Duerme y tiene mucha calentura. Más vale dejarle descansar.

SAT. Tienes razón. Pero tú no estás enferma... toma.. (Le ofrece pan y salchichón.)

ESME. Gracias, Saturnino, no tengo hambre.

SAT. ¡Eh! eh! Ya sé yo lo que te quita las ganas de comer. Hace ocho días que no hemos visto por aquí á nuestro amiguito. ¿Acierto, Esmeraldina? (Ella se encoje de hombros.) Hace tiempo que te veo pensativa. No eres como antes, no estás ya á gusto con nosotros. Nuestra miseria sempiterna te espanta!

ESME. Pues bien, si, amigo mío, ¿á qué mentir? Yo os quiero mucho á todos; me recogisteis, me rodeasteis de cuidados y de caricias... Con frecuencia os ví inclinados sobre mi camita... En invierno me abrigabais con vuestros harapos, mientras que vosotros tiritabais de frío! Os privabais de pan para que yo lo comiera. Son cosas que no puedo recordar sin sentir por vosotros una profunda gratitud y que no olvidaré nunca! Y sin embargo, contéstame con franqueza. ¿Es posible seguir luchando? Vivimos acaso como criaturas humanas? Hay miseria comparable con la nuestra? Hace dos días que ayunamos á pan y agua. Yo no tengo ropa que ponerme... Tengo que presentarme

en público con mallas indecentes, de colores desentonados, que contrastan con la palidez de mi rostro. Y me esfuerzo para sonreír... sufriendo hambre! Y tengo que voltear, y saltar con riesgo de lisiarme sobre caballos descarnados y moribundos... No! no! Yo no puedo más! no puedo vivir un día más en este infierno!

SAT. ¿Qué quieres que te conteste?... Es cuestión de costumbre. Yo nací en medio de estos harapos, y me amoldo á nuestra situación. Toda mi vida oigo decir:—«Hoy no se come ¡paciencia! mañana recuperaremos el tiempo perdido.»—Y á la postre, después de haberse roto los huesos, va uno á parar al Hospital, donde descansa por primera vez hasta que le dan una sepultura gratuita en el jardín de los pobres.

MILL. (Desde fuera) Se puede entrar?

SAT. ¿Quién es? (Aparta la cortina, y aparece Miller.) ¡Oh! oh! Voy á llamar á mis camaradas. Siéntese usted, caballero. (A la puerta izquierda) Señor Muchuca!... Clementina!... Señora Perpétua! (Se acerca á Esmeraldina y le dice al oído) Tiene mucha guita y es rumboso. (Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA II.

MILLER y ESMERALDINA, luego CLEMENTINA, PERPÉTUA, MACHUCA y SATURNINO.

MILL. Y bien, Esmeraldina? Recibió usted mi carta? Qué me contesta? (Esmeraldina baja la cabeza sin contestar) Piense usted en su situación. Mi señorito, el que le escribe, es jóven y rico. Usted no debe dejar que su belleza se extinga en este barracón, sin aire, sin luz, y sin pan! Mañana tendrá por morada un palacio, y vivirá como una reina, cubierta de sederías y diamantes que harán resaltar su hermosura. Lo pasado será como un sueño angustioso, que

olvidará en brazos de un hombre que la ama y anhela ser su esclavo. ¿Qué contesta usted, Esmeraldina?

ESME. (Con viva emoción) No sé. No era ese mi ideal. Yo ansiaba una vida más modesta, al lado de un hombre que con su amor, su trabajo y su nombre, hubiese colmado mis aspiraciones. Cuando cierro los ojos, veo en las sombras de mi infancia, un padre... una madre... una hermana... y sin embargo ni siquiera nombre de familia tengo! Me llaman Esmeraldina y nada más. Ayer conservaba todavía alguna esperanza, pero la miseria y el abandono, acabaron por fin con mi resistencia, me declaro vencida!

MILL. (Aparte) (Ama á alguno... no hay tiempo que perder! Apelemos al recurso supremo.) (Va al encuentro de Machuca, Clementina, Perpétua y Saturnino que entran.) Dispénsenme ustedes la libertad que me he tomado de presentarme aquí, pero yo me intereso mucho por el Circo Romano. Por casualidad he sabido el accidente de que ha sido víctima el pobre Rufino, y no he podido resistir al deseo de venir personalmente á ofrecerme para todo lo que puedan necesitar de mí y esté en mi mano facilitarles!

SAT. (A Machuca, pasando por detrás de él) (Atención, que es un ricacho.)

MACH. Oh! llega usted en mala ocasión, caballero... Se halla en presencia de una compañía de artistas que...

SAT. (Interrumpiendo y adelantándose) Permítanme dos palabras. El señor es uno de nuestros parroquianos más fieles, y como tal, tiene derecho á todas las consideraciones posibles é imaginables. (Declamando con énfasis) En la pista únicamente se ve al artista encargado de divertir al público su amo y señor, porque es el que paga; pero aquí es usted nuestro huésped; las cosas cambian, pues, de aspecto, y no olvidamos las reglas de la cortesía. (Presentando á los artistas.) El señor Machuca, llamado el Hércules moderno, que levanta pesos de cuatrocientos kilos y dispara un cañón en el hom-

bro. La señora Perpétua, que en sus buenos tiempos fué el *delirium tremens* de los Circos ecuestres y hoy tiene á su cargo el atrezo, la contabilidad y el bombo del Circo Romano. Miss Clementina, que ha eclipsado la gloria de la Spelterini en el salto de los tres trapeacios. Esmeraldina, la reina de las amazonas, que ha tenido usted ocasión de admirar, y un servidor, Saturnino, portero, acomodador y payaso, que traga de todo, ménos pollos asados, porque no le dan ninguno... Ahí... (Señalando á la puerta de la izquierda) sobre cuatro andrajos, yace, abatido por la fiebre, el pobre Rufino, el niño mimado del público, que por culpa mía debe tener un par de costillas rotas. Más adentro, pensando en la cebada que no llega, sufren hambre Mustafá y Bucéfalo, dos excelentes cuadrúpedos, que han aprendido á trabajar en ayunas, sin protestar jamás contra las desigualdes sociales.

MILL. Son filósofos como tú, amigo mío, pero ocupémonos de lo que más urge. Han llamado al médico?

CLEM. Todavía no.

MILL. Mal hecho! Qué diablo! Era la primera cosa que había que hacer. Voy á enviar el mío.

MACH. Dios se lo pague, caballero. Pero qué quiere usted? Si cada vez que uno se lastima hubiese que llamar al Doctor, sería cosa de tenerle siempre en danza.

SAT. Además, nosotros tenemos nuestro botiquín.

MILL. Comprendo, pero hay casos en que un remedio oportuno puede evitar fatales consecuencias. En conclusión, que dada la situación actual, no hay tiempo que perder. Yo me intèreso por todos los que trabajan honradamente, (Saca del bolsillo una cartera) y el ayudar á un trabajador en la desgracia, es para mí una satisfacción inmensa. (Dando un billete de Banco á Machuca) Tome usted, no es gran cosa., pero con esto podrá hacer frente á las necesidades más apremiantes. No tenga reparo alguno en aceptarlo, amigo mío. Puedo desprenderme de esto y de mucho más sin que me haga falta.

- MACH. (Indeciso) Caballero... no sé si debo...
- SAT. ¡Que si debe! Hasta el pan que hemos comido desde que llegamos á este pueblo. (Toma el billete) Un millón de gracias, caballero, por tan espléndido regalo! Este dinero nos pone en condiciones de recobrar las fuerzas necesarias para probar á usted con hechos, y no simplemente con palabras, nuestra inmensa gratitud. (A doña Perpétua) Tome usted, señora cajera. Cien pesetas en rescate de mi pellejo.
- MACH. Ah, caballero! Si hubiera muchas personas como usted!
- SAT. No habría saltimbanquis.
- MILL. Y para terminar alegremente este día de vicisitudes, he organizado una cena, que espero me harán el obsequio de compartir conmigo.
- MACH. { Una cena?
- SAT. {
- MILL. Sí; mi quinta se halla á unos veinte minutos del pueblo. Allí pasarán ustedes la noche y mañana tomarán la resolución que más les convenga.
- MACH. ¿Qué decís vosotros?
- CLEM. Y Rufino?
- ESME. No pases cuidado por tu hermano, Clementina; yo me quedaré á cuidarlo.
- MILL. (Aparte, contrariado) (Demonio!) (Alto) ¿No hay medio de que la Compañía no se vea privada de su presencia?
- CLEM. Yo me quedaré al lado de mi hermano.
- MILL. Mientras resuelven quien se queda á cuidar al enfermo, voy á hacer algunos encargos para la cena. Dentro de media hora estaré de vuelta para conducir á ustedes á mi casa de campo.
- SAT. Tenga usted la seguridad de que haremos todo lo posible para corresponder dignamente á la generosa amabilidad de nuestro anfitrión.
- MILL. Convenido. (Bajo á Esmeraldina) (Ya habrá usted adivinado el objeto de mi convite.) Hasta luego. (Se va por el foro)
- SAT. (Acompañándole hasta la salida y saludándole) Dentro de media hora nos encontrará usted dispuestos. Cuidado, que hay escalones! Servidor (Vuelve) Ea! A ponernos de tiros largos ¿verdad, señor director?

- MACH. (A Clementina) ¿Tú te quedas aquí con Rufino?
CLEM. Sí, papá.
MACH. La Providencia se apiada al fin de nosotros.
SAT. ¡Lo que vamos á embocar! (A Clementina) Pierde cuidado, que yo te traeré lo que pueda de las sobras. (Machuca y Clementina se van por la izquierda) Qué esperas, Esmeraldina?
ESME. (Resuelta) Voy!
SAT. Pues al avío, que el tiempo pasa volando! (Vase por la izquierda)
ESME. Estaba escrito! (Va á salir y se detiene al ver entrar á Pedro)

ESCENA III

ESMERALDINA y PEDRO.

Pedro abre las cortinas del fondo y mira con atención á Esmeraldina

- PED. (Aparte) (Es ella sin duda: las indicaciones de Narciso concuerdan.
ESME. Qué se le ofrece?
PED. Usted dispense. ¿Es usted la que llaman Esmeraldina?
ESME. Si señor.
PED. Desearía hablar con usted.
ESME. Conmigo?
PED. Sí. (Movimiento de Esmeraldina) No llame usted á nadie y nada tema. El hombre que tiene usted delante, es un amigo, un amigo verdadero. De lo que debo revelar, depende su porvenir.
ESME. Hable usted. (Mirándole con asombro)
PED. Ante todo es indispensable que conteste á mis preguntas.
ESME. Pues diga.
PED. No recuerda usted haber llevado otro nombre siendo niña?
ESME. Sí... en efecto... me daban otro nombre.
PED. (Con júbilo.) Anita, no es verdad?
ESME. (Con sorpresa) Si, Anita. ¿Cómo sabe?
PED. Siga contestando; se lo ruego. Es usted huérfana? (Señal afirmativa de Esmeraldina) ¿No tiene aquí ningún pariente?

ESME. Ninguno.

PED. Puede usted decirme desde cuando forma parte de este Circo?

ESME. Por mucho que me esfuerce para recordar, todo se confunde y se pierde en mi memoria, lo mismo que la noción del tiempo. Se me figura que he dormido y que he soñado, y nada más. A veces, vagamente, me veo en una noche oscura corriendo despavorida por un campo desierto; luego me encuentro en medio de unos saltimbanquis que tienen, á mis ojos, un aspecto fantástico: sus caricias, sus besos y sus cantos me adormecen. Después despierto y no me acuerdo ya de sufrimiento alguno, y se me figura que he nacido y vivido siempre en medio de estos pobres titiriteros ambulantes.

PED. Esmeraldina, lo que usted llama un sueño, esa carrera de noche en despoblado, es una realidad relacionada con un hecho de que dependían la vida de una mujer y el porvenir de dos pobres niños.

ESME. ¿La vida de una mujer? Mi madre?

PED. No, su madre subió al cielo estando usted todavía en la cuna.

ESME. La conoció usted?

PED. (Con emoción) Murió en mis brazos.

ESME. Pero usted quién es?

PED. Yo? yo...

ESME. Sí, usted que me habla de mi madre con lágrimas en los ojos... que me mira sin poder contener la emoción... ¿quién es usted?

PED. Ya se lo he dicho. Soy un amigo verdadero que juró á su madre moribunda velar por usted y salvarla.

ESME. Salvarme? Entonces sabía usted que yo me iba á perder?

PED. A perderse? Y cómo?

ESME. (Bajando la cabeza.) Cansada de luchar contra el hambre y la miseria...

PED. (Adivinando) Ah! pobre hija mía!

ESME. Si usted supiese cuán terrible ha sido esta incesante lucha! Imploré tanto la protección de mi madre!... Aunque no la he conocido, á ella dirigía siempre mis preces. Cada día, al expo-

ner mi vida para divertir al público, yo invocaba su nombre. ¿Veía ella mis sufrimientos y mis lágrimas? Subían hasta ella mis súplicas? ¡Ay! llegó el momento en que, desengañada de todo... la duda invadió mi alma, y entonces...

(Se cubre el rostro con las manos.)

PED. Y entonces, qué?

ESME. Oh! no hablemos de eso.

PED. Pero hija mía, ¿acaso tu madre no veló por tí? Hace diez años que te busco, y en el momento en que llegas al borde del precipicio ¿no ha hecho ella que yo te encuentre para poder salvarte?

ESME. (Llorando) Sí, es verdad! (Juntando las manos) ¡Oh! madre mía, perdona mi duda y mi flaqueza! ¡Madre mía! Perdón! (Cogiéndole las manos)

PED. Te ha perdonado porque has sufrido mucho! En su nombre yo te bendigo! (La besa en la frente) Y ahora procura evocar todos tus recuerdos. Obligado á ausentarme, poco tiempo después de la muerte de tu madre, te confié á un anciano á quien yo respetaba y quería con amor filial. Permaneciste con él hasta la edad de cuatro años. Lo recuerdas?

ESME. (Reflexionando) ¿Un anciano?

PED. Sí, el tío Pascual. A su muerte, fuiste confiada á mi hermano, y á su muger Salvadora... De su casa fué de donde huiste una noche, asustada ante los gritos de una muger maltratada y muerta por su marido!

ESME. Sí, recuerdo eso, lo recuerdo. Aun me parece estar viendo aquella casa... un grito terrible me hizo estremecer... luego oí el ruido de un cuerpo que se desploma... Yo temblaba de miedo... pero no estaba sola... huí con un niño que lloraba... Ah! sí... me acuerdo! Mi hermanito! Narciso... Narciso... si, si, así se llamaba.

PED. El hijo de Salvadora, de la desgraciada Salvadora, que murió de una conmoción demasiado violenta para su corazón lacerado!

ESME. Sí, Sí!

PED. Pues bien. Narciso no se ha olvidado de su com-

pañera de infortunio... de su hermanita. A él debo el haber descubierto tu paradero.

ESME. Dónde está? Por qué no ha venido?

PED. Está ahí hablando con tus compañeros de circo. Tenía obligación de advertirles que Esmeraldina es nuestra Anita. Mira, aquí tienes á tu hermano!

ESCENA IV

Dichos, NARCISO, luego MACHUCA, SATURNINO, CLEMENTINA y PERPÉTUA

NAR. Anita!

ESME. Ah! Eres tú? tú, Narciso!

NAR. Sí, Anita, sí. La primera vez que te ví en el Circo, me dijo el corazón que eras la compañera de mi niñez.

PED. No le abrazas? (Narciso y Esmeralda se abrazan)

ESME. Dios mío! Cuánta dicha! (Los saltimbanquis entran pobremente vestidos de calle)

MACH. (Llorando y adelantándose á los demás.) ¡Esmeraldina! Qué terrible golpe para nosotros! Golpe que para mí será mortal!

SAT. Sin tí, qué va á ser de nosotros? (Se deja caer en una silla)

CLEM. (Besando á Esmeraldina) Después de todo, esto tenía que acabar así! Has encontrado una familia y olvidarás á tus amigos.

PERP. Te queríamos tanto!

ESME. No digais eso. Me acordaré siempre de vosotros, que cuidasteis de mi infancia! Rogaré al cielo que os ayude!... (Con viva emoción) Animo, papá Machuca! Quién sabe si separada de vosotros podré seros más útil!

MACH. (Besándola.) Anda y que Dios te bendiga! Sabes lo mucho que te queríamos. Soportábamos la miseria, porque vivíamos unidos como los dedos de la mano. Nos dejas... es una desgracia muy grande! Pero paciencia! Que tu dicha futura sea la compensación de lo poco que hemos hecho por tí! (Pasa á la derecha)

- PED. Con toda el alma agradecemos á ustedes lo que han hecho por ella, y esperamos poderles probar muy pronto nuestra gratitud.
- SAT. (Dando la mano á Esmeraldina y enjugándose una lágrima.)
Adiós! Si un día la fortuna te vuelve las espaldas, vuélvete tú al lado de tus viejos amigos que te recibirán con los brazos abiertos! (Se sienta sollozando.)
- ESME. Adiós, amigos míos. (Bajo á Pedro) (Vamos, yo desfallezco!)
- PED. Hasta la vista. Espero que nos volveremos á ver pronto!
- TODOS Adiós, Esmeraldina, adiós!
(Pedro, Esmeraldina y Narciso se van por el fondo. Breve pausa. Ruido de un carruaje que se aleja.)
- MACH. Ese coche se lleva mi vida!
- PERP. Y mi última esperanza!
- SAT. Y nuestro pan de cada día!

ESCENA V

MACHUCA, SATURNINO, CLEMENTINA, PERPETUA y MILLER
por el fondo.

- MILL. Aquí me tienen de vuelta. Están ustedes prontos?
- MACH. Ya no se cena!
- MILL. ¿Qué quiere usted decir?
- SAT. Esmeraldina ha encontrado á su familia!
- MILL. Cómo!
- MACH. Nos deja para siempre!
- MILL. Qué oigo? Ese coche?
- SAT. (Con énfasis) La buena estrella del gran Circo Romano se ha eclipsado!
- MILL. ¡Maldición! (Váse corriendo por el fondo.)

CAE EL TELÓN

ACTO QUINTO

Una plaza. A la derecha, fachada de un Convento-colegio de señoritas. Una fuente coronada por un farol encendido en el centro derecha. Dos escalones circulares en la base de la fuente. Está nevando. Empieza á obscurecer.

ESCENA PRIMERA

SATURNINO, sentado en las gradas de la fuente con una alfombra rota á guisa de manta: luego WALTON y MILLER por la derecha.

SAT. Se acerca la hora del Avemaría. Si el amigo tarda, voy á convertirme en una estatua de hielo. En cambio, la compañía del Circo Romano podrá comer caliente esta noche y váyase lo uno por lo otro. La propina es segura porque ejecuté fielmente las órdenes recibidas... Tuve mis dudas acerca de si era ó no decente el encargo... Pero bien mirado ¿qué mal había en entregar una carta á la hermana portera del convento? Supongo que sirvo á un enamorado que por razones particulares no quiere valerse del correo... A decir verdad, yo preferiría hacer volteretas. Es oficio más propio de un hombre independiente... pero ¡ay! cuando se acaba la pitanza, es preciso amoldarse á todo. Hé aquí porque hago competencia á la estafeta, distribuyendo cartas sin franqueo.
(Sale Walton.) Ah! mi hombre!

WAL. Estás ahí?

SAT. A sus órdenes.

WAL. Y la carta?

SAT. Entregada.

WAL. ¿Qué te han dicho?

- SAT. Tranquílcese usted. La carta llegará á su destino.
- WAL. Bien. Toma veinticinco pesetas.
- SAT. No me necesita para otra cosa?
- WAL. Ahora no. Pero si la ocasión se presenta ¿dónde podré encontrarle?
- SAT. En la posada de las Pulgas que cobija los restos del gran Circo Romano. A dos pasos de aquí.
- WAL. Está bien. Vete.
- SAT. Buena suerte. (Se aleja)
- WAL. (Retrocede y llama.) Miller!
- MILL. Señor.
- SAT. (Volviéndose. Aparte) (Esa voz? Calle! Si es él, nuestro ricacho. ¿Qué hace aquí? Voy á observar. (Se oculta detrás de la fuente)
- WAL. No hay tiempo que perder. La carta está entregada. Esta vez el éxito es seguro.
- MILL. Así lo creo. Quedan tan bien tomadas las medidas que ya no tenemos nada que temer.
- WAL. Habría para desesperarse si algún incidente imprevisto viniese á estorbar nuestros proyectos. Es de esperar que esta vez no tropezaremos con otro padre adoptivo de la muchacha.
- MILL. El amor hace cometer las mayores imprudencias, y esta vez tenemos al amor de nuestra parte. El nos hará triunfar! El jóven que desde hacía unos ocho días frecuentaba el Circo, había llamado la atención de Esmeraldina.
- SAT. (Oculto. Aparte) (Esmeraldina?)
- MILL. Nadie había podido suponer que fuese el compañero de la infancia de la amazona, el hijo del hombre que nos sirve incondicionalmente, el jóven Narciso, en una palabra, que abandonó á su padre para ponerse en cuerpo y alma al servicio de su tío Pedro, nuestro mortal enemigo. Narciso fué quien descubrió las huellas de la muchacha y enteró á su tío, y ambos, sin sospecharlo, desbarataron nuestro plan.
- WAL. Un plan tan bien tramado!
- SAT. (Aparte) (¡Ah, canallas!)
- WAL. Yo que creía haberme desembarazado para siempre de ese marinero.
- MILL. Un garrotazo tan bien dado!
- SAT. (Aparte) (Bandido!)

- WAL. Vamos, Miller, serenidad y energía! Sólo cuento contigo; por consiguiente manos á la obra. Con mi dinero y con tu astucia, acabaremos por vencer todos los obstáculos. El nombre y el título que llevo, ocultan á un hombre que el marinero se alegraría infinito de conocer... Pero no lo conseguirá.
- SAT. (Aparte) (Hola, hola!)
- WAL. Unico heredero de mi hermano Jorge Harlington que pereció con su muger en el naufragio del *Ceylan*, he de impedir toda prueba de que su hija no murió en las Indias.
- SAT. (Aparte) (Jorge Harlington.)
- MILL. Todo eso está muy bien, pero necesitamos obrar con muchísima prudencia.
- WAL. Yo defiendo mi fortuna, y tú, tu libertad. Ambas cosas valen la pena de desplegar un poco de audacia. Yo no retrocederé ante nada. Hasta ahora hemos andado con demasiados miramientos. Es preciso apelar á los grandes recursos. Tú confeccionaste y conseguiste hacer legalizar una partida de defunción de mi sobrina. Eso prueba tu habilidad y prueba tambien que con dinero todo se alcanza. Por consiguiente estoy dispuesto á todo para conservar el dinero, y supongo que tú querrás disfrutar tranquilamente la parte que te toca.
- MILL. ¡Oh! yo soy amante de la libertad.
- SAT. (Aparte) (Asesino y falsario! ¡Qué pareja!
- MILL. Se acerca la hora. Ya que la casualidad nos ha favorecido en esta ocasión, no dejemos de aprovecharla hasta el fin. Si volviésemos á perder las huellas de Esmeraldina, como las perdimos, cuando se marchó del Circo, quizá tomaría tales precauciones que resultase inútil seguir otra vez la pista á ese jóven para descubrir el paradero de su amada. Como Esmeraldina, no conoce la letra del muchacho, tomará por auténtica la apasionada carta que redacté y firmé con el nombre de Narciso. La estratagema era fácil. Lo difícil era hacer entregar la misiva en manos propias. Entonces se me ocurrió la idea de enviarla por conducto de un compañero de Circo de Esmeraldina.

Ese tonto podía servirnos á las mil maravillas.

SAT. (Aparte) (El tonto soy yo!)

MILL. Se moría de hambre, ignoraba que Esmeraldina había sido depositada en este convento; usted le habló, él creyó realizar un acto de la mayor habilidad sobornando á una hermana portera, que por unos cuantos reales se prestó á entregar la carta.

WAL. No sé por qué, pero yo no me hubiera servido de un extraño.

MILL. Bah! Un pobre diablo como ese no llama la atención, ni inspira sospechas á nadie. Además, si algún accidente ocurre, nos hallamos á cubierto. La misiva no dice en sustancia más que esto: «Por motivos muy graves, no podré hacerte mañana mi visita de todos los domingos, y como no podría pasar ocho días sin decirte lo que ocurre, te esperaré esta tarde, al toque del Avemaría, pegado á la puerta del jardín del convento, á través de la cual te enteraré de lo que pasa.»—Ahora se trata de colarnos dentro.

WAL. Y cómo?

MILL. Lo tengo todo bien estudiado. La puerta del jardín da á un callejón desierto. Introduciendo la hoja de esta navaja por una hendidura que practiqué en la puerta, y haciendo palanca, se levanta el picaporte que la cierra por dentro. No hay nada que temer. Con este tiempo no hay peligro de que pase un alma. Nos emboscamos en el jardín y tan pronto como llegue Esmeraldina nos apoderamos de ella, la amordazamos y nos la llevamos en el coche que espera en la esquina, guiado por Sebastián.

SAT. (Aparte) (Infames!)

WAL. Bien, bien! Ante todo, quitar de en medio á la niña. Luego le tocará el turno á Pedro y después podremos volver á Inglaterra á disfrutar tranquilamente nuestra fortuna. (Se oye el toque del Avemaría.)

MILL. Llegó la hora. Animo, Milord. A nuestro puesto!

WAL. Te sigo! (Desaparecen por el fondo derecha detrás del convento.)

SAT. (Saliendo de su escondite) ¡Bandidos! falsarios! asesinos! Y decir que yo me he hecho cómplice de un infame complot contra la vida de Esmeraldina! Saturnino... eres un imbécil! Pero cómo había yo de suponer que la amazona del Circo Romano, se había refugiado en un convento? ¿Qué hacer? En buen fregado me he metido! Oh! yo debo reparar el mal que he hecho... yo he de ver si salvo á Esmeraldina... ¡Hop-la! (Va á la esquina de la calle. Observa y desaparece á su vez por detrás del convento. Oyese dentro del convento un coro de mugeres con acompañamiento de órgano.)

CORO Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de la nuestra muerte. Amén, Jesús.

(Óyese por la puerta del callejón de detrás del convento un grito ahogado de muger. Miller y Walton cruzan la escena de derecha á izquierda diagonalmente, llevando á Esmeraldina que se revuelve. Tras ellos corre Saturnino.)

SANTA MARÍA

(CORO)

Religioso.

mf dolce.

PIANO.

The musical score is set in 6/4 time with a key signature of one flat (B-flat). The vocal line (SAT.) begins with a fermata on a whole note, followed by the lyrics "San - ta Ma - rí - a,". The piano accompaniment (PIANO.) consists of three staves: a right-hand treble staff and a left-hand bass staff. The piano part starts with a fermata on a whole note, then plays a series of chords and single notes. Dynamics include a forte (*f*) marking in the piano part and a piano (*p*) marking in the vocal line.

ma - dre de Dios, — rue - ga por

The first system consists of three staves. The top staff is a vocal line in treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a 3/4 time signature. The lyrics 'ma - dre de Dios, — rue - ga por' are written below the notes. The middle and bottom staves are piano accompaniment, with the middle staff in treble clef and the bottom staff in bass clef. The piano part features chords and moving lines in both hands.

no - so - tros no-so-tros pe - ca - do - res.

The second system consists of three staves. The top staff is a vocal line in treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a 3/4 time signature. The lyrics 'no - so - tros no-so-tros pe - ca - do - res.' are written below the notes. The middle and bottom staves are piano accompaniment, with the middle staff in treble clef and the bottom staff in bass clef. The piano part features chords and moving lines in both hands.

a - ho - - ra — y en - la a - ho - ra

The third system consists of three staves. The top staff is a vocal line in treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a 3/4 time signature. The lyrics 'a - ho - - ra — y en - la a - ho - ra' are written below the notes. The middle and bottom staves are piano accompaniment, with the middle staff in treble clef and the bottom staff in bass clef. The piano part features chords and moving lines in both hands.

de nuestra muerte nuestra muerte amen Je-sús —

The first system of music consists of three staves. The top staff is a vocal line in G major, starting with a treble clef and a common time signature. The lyrics "de nuestra muerte nuestra muerte amen Je-sús —" are written below the notes. The piano accompaniment is shown in two staves below the vocal line, with a grand staff bracket on the left. The right hand plays chords and arpeggios, while the left hand plays a simple bass line. There are dynamic markings like *mf* and *f* throughout the system.

San - ta Ma - ri - a, San - ta Ma - ri - a

The second system of music also consists of three staves. The vocal line continues with the lyrics "San - ta Ma - ri - a, San - ta Ma - ri - a". The piano accompaniment continues with similar harmonic support. The system concludes with a double bar line and a fermata over the final note of the vocal line.

ma - dre de Dios A - ho - ra y en la hora de nues-

rall.

The third system of music consists of three staves. The vocal line begins with the lyrics "ma - dre de Dios A - ho - ra y en la hora de nues-". Above the first measure of the vocal line is the tempo marking *rall.* The piano accompaniment features a more complex texture with arpeggiated chords in the right hand and a steady bass line in the left hand. The system ends with a double bar line and a fermata over the final note of the vocal line.

tra muerte a - men Je - sús -

rit.

San - ta Ma - - - - ri - - - - a.

Largo. *p*

rall.

SAT. Esmeraldina!... No temas... aquí estoy yo... Saturnino.

(Miller saca un revolver y tira contra Saturnino que da un grito y cae.)

ESME. ¡Ay!... ¡Socorro!... Socorro!.. (Tratando de resistir) (Walton y Miller han cruzado la escena.)

SAT. Me han muerto. (Se palpa.) No, no. (Trata de levantarse y vuelve á caer) Herido solamente... en la rodilla... Pero creo que no tengo nada roto... ¡Ay! ay! mi pierna...

(Oyese el ruido de un coche que se aleja por la izquierda)

Un coche que se aleja... Pobre Esmeraldina!..

Pero qué! No soy el gran Saturnino? el rey de los payasos?... ¡Socorro! (Hace un supremo esfuerzo, se levanta y corre cojeando hacia la izquierda.)

Ay!... ay!... (Dominando su dolor.) Hop-la!... Asesinos!... Asesinos!

(Ha desaparecido por donde se fueron Walton y Miller. El coro repite los primeros compases mientras baja lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

Selva cubierta de nieve. En el fondo dos escarpadas rocas unidas en lo alto por un puentecillo de tabla rústico y viejo, echado sobre un profundo barranco por el que se precipita una cascada. A la derecha un sendero que se interna en la selva y se supone que conduce á la quinta de las *Tres Torres*. A la izquierda rocas inaccesibles.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO y MARTIN recogiendo leña, después SEBASTIÁN y MILLER. Este último lleva una escopeta.

GUILL. Este es el último haz de leña que hago. Me parece que ya he trabajado bastante para un domingo. Además, con este frío se me han helado los pies y tengo las manos que no me las siento. Aquí dejo la destal para mañana. (La tira de modo que quede visible) Ya que los dueños de las *Tres Torres* nos dejan cortar leña en la finca, aprovechemos la ocasión; verdad, Martín?

MAR. Claro! La provisión, por grande que sea, me parece que no tendrá nada de sobra, porque este año el invierno promete ser riguroso.

GUILL. Oye, Martín, ¿te parece que dejemos aquí la leña y volveremos por ella á la caída de la tarde?

MAR. Por qué?

GUILL. Por no atravesar el pueblo cargados como acémilas, en día festivo, precisamente á la hora de la segunda misa.

MAR. ¡Oh! Como yo, para ir á mi casa, no tengo necesidad de pasar por la plaza de la Iglesia, me llevo mi leña ahora. Hasta la vista. (Se dirige hácia el puente.)

- GUILL. A dónde vas?
- MAR. Vaya una pregunta! Al pueblo.
- GUILL. Por qué camino?
- MAR. Por el más corto.
- GUILL. Yo prefiero ir por ahí. (Señala el sendero de la derecha.) Ese puente no me inspira confianza. Está tan carcomido, que el día menos pensado, se hundirá. Mis piés reclaman terreno firme.
- MAR. Por qué no alfombras? Después de todo, el accidente se reduciría á tomar un baño.
- GUILL. El baño sería lo de menos, aunque con este frio probablemente sería mortal, pero ese barranco es tan profundo, que al que se despeñase no le sacarían vivo. ¿Sabes como se llama este precipicio?
- MAR. Nunca se me ha ocurrido preguntarlo.
- GUILL. Pues se llama *la Boca del Lobo*.
- MAR. Cobarde! (Atraviesa con precaución el puente que cimbrera.) Anda, Guillermo, sígueme.
- GUILL. (Indeciso.) Un kilómetro más me asegura quizás diez años de vida. Me voy por el bosque.
- MAR. Como quieras.
- SEB. (Por la derecha.) Eh! camaradas! ¿habeis visto por aquí una jóven?
- MAR. No he visto á nadie. (Desaparece por la izquierda.)
- GUILL. ¿A quién buscas, Sebastián? No hay en el pueblo ninguna muchacha bastante loca para salir al bosque con tanta nieve y tanto frio!
- SEB. ¿Es decir que no has visto á nadie?
- GUILL. A nadie. Ea, adiós, que no quiero convertirme en carámbano. ¡Brruu! (Vase por la derecha.)
- SEB. ¿Dónde habrá podido ocultarse? A qué venía buscarla con tanto empeño y robarla al fin, para dejarla escapar por tercera vez? Esa gente corre con desgracia! (Aparece Miller por la derecha con escòpeta.)
- MILL. Y bien ¿qué noticias?
- SEB. Ninguna, señor Miller.
- MILL. Oh! la mala pécora! Milord está furioso, sobre todo contigo.
- SEB. ¿Conmigo? Qué culpa tengo yo?
- MILL. Has estado torpe en tu vigilancia. ¿De qué sirvió alojarte en el cuarto contiguo al de la muchacha?

- SEB. Sería más justo reconocer que tomaron mal sus precauciones. Una ventana es fácil de abrir, y un pájaro no tarda en volar.
- MILL. Cómo! Una ventana tan alta?
- SEB. Para una titiritera, la evasión no ofrecía la menor dificultad. Las sábanas de la cama le han servido de cuerda para escurrirse. La culpa es de ustedes por no haber puesto rejas en las ventanas.
- MILL. ¡Mil rayos! Si la chica ha salido del bosque y ha podido llegar á casa de tu hermano ¡medrados estamos! A más de que el payaso, testigo del rapto de su compañera, habrá sublevado al pueblo contra nosotros.
- SEB. Cómo! No ha muerto?
- MILL. Esta gente tiene siete vidas, como los gatos.
- SEB. Yo le aseguro á usted...
- MILL. Qué?
- SEB. Que la muchacha no ha salido del bosque. Se ha ocultado, en espera de un momento oportuno para ganar el pueblo.
- MILL. Tú qué sabes?
- SEB. Hace dos horas que ha cesado de nevar. Si hubiese pasado por aquí, veríamos sus huellas, y no se ven más que las de un leñador que acaba de marcharse. (Señala el sendero del puente)
- MILL. Puede haber tomado otro camino.
- SEB. Imposible. Para ir al pueblo, que se encuentra al otro extremo del bosque, (Señala al fondo izquierda) hay que pasar por ese puente. Por este lado, las peñas que siguen á lo largo del torrente, (Señalando las rocas de la izquierda) son muy escarpadas hasta el mar, y no hay más paso que el puente del parque de la quinta cuya puerta se cierra todas las noches.
- MILL. En conclusión...?
- SEB. Que la fugitiva no ha pasado por aquí. Las únicas huellas que se ven, son las de esos hombres que cortaban leña yacaban de marcharse.
- MILL. (Mostrando habersele ocurrido una idea) Ah! de modo que no hay más que dos caminos practicables? el que conduce á las *Tres Torres*, y este que, por el puente de tablas, va al pueblo?
- SEB. Efectivamente.

- MILL. Entonces si viniese alguno del pueblo en busca de la muchacha...
- SEB. Tendría que pasar por este puente ó por debajo de los balcones de la quinta.
- MILL. Este camino me parece peligroso. Un puente de tablas... viejo... carcomido... Un accidente no sorprendería á nadie, verdad?
- SEB. A nadie. Yo no me fiaría de esos maderos.
- MILL. Pues no conviene desperdiciar medio alguno que pueda contribuir al logro de nuestros fines. (Va y coge la destral de Guillermo.)
- SEB. ¿Qué va usted á hacer?
- MILL. Todas las precauciones son buenas. (Va al puente, se agarra con la mano izquierda á la roca y con la destral corta casi enteramente los maderos de un extremo. Vuelve) ¿Qué dices tú á esto?
- SEB. Desgraciado del que ponga el pié en el puente!
- MILL. Y ahora, silencio! (Arroja la destral) A seguir buscando, cada uno por su lado. Y hay que dar con la chica ¿entiendes? No volveremos á la quinta sin haber logrado nuestro intento. ¡Despábilate! (Vase por la derecha.)
- SEB. Si... ¡Despábilate! Hay que dar con ella! Es muy fácil de decir! Y la injusticia de hacerme responsable de su fuga! Oh! Si no se me cerrasen todas las puertas, hace ya tiempo que hubiera dejado la quinta y sus dueños! No las tengo todas conmigo. Esos ingleses me dan miedo! (Mira en torno suyo) En fin, vamos á seguir batiendo la selva. Recorreré este peñascal. (Señala la izquierda segundo término) El puente no necesita ya que le guarden.
(Vase por el mismo término de la izquierda)

ESCENA II

SATURNINO, luego PEDRO.—Inmediatamente después de haber desaparecido Sebastián, se mueve uno de los haces de leña y por encima asoma la cabeza Saturnino que sale de su escondite.

SAT. ¡La Boca del Lobo! Brun!... qué frio! Estoy helado! Bueno fuera que después de haberme librado de cien caídas mortales en el Circo,

acabase yo por morir de una pulmonía! Y Esmeraldina? Según lo que acabo de oír, pudo fugarse... ¿Dónde habrá ido á parar? Aquí se juega al escondite... y lo peor es que el que gane, se expone á perderlo todo. Lo que debo yo hacer es apostarme aquí de centinela avanzada. Si ese maldito puente se hundiese al paso de Esmeraldina... ¿Y dónde vivirán sus amigos? Cómo se llaman? Cómo enterarles del peligro que corre la muchacha? Cómo luchar, pobre Saturnino! cojo, derrengado, medio muerto de frío... contra dos, tres, ¡qué sé yo cuántos enemigos? Pero no te quejes, imbécil! Tú tienes la culpa de todo. Tú ayudaste á los verdugos; repara el mal que has hecho. ¡Hop-la! Si no puedes salvarla, muere con ella ó sacrificate por ella! Papá Machuca y demás artistas del gran Circo Romano tienen el recurso de convertir en bifecks las chupadas carnes de Bucéfalo. (Oye ruido y se agacha junto al haz de leña. Aparece Pedro en lo alto de la roca de la izquierda en que se apoya uno de los extremos del puente. En el momento de poner el pié sobre el puente, se detiene y mira en torno suyo.) No me engaño, es él, el padre de Esmeraldina. Se habrá enterado de lo que ocurre y vendrá en su busca. Pero si pone el pié en el puente es hombre muerto! (Pedro va á pasar. Saturnino se levanta y le grita:) ¡Hop-lá! (Uniendo el gesto á la palabra.) ¡Alto! que el puente es peligroso!

PED.

¿Quién es usted?

SAT.

No me reconoce? Soy el compañero de Esmeraldina, el payaso del Circo. La pobre muchacha se oculta sin duda en el bosque. (Pedro da un paso hacia adelante.) ¡No! no! no lo pase!

PED.

¿Por qué?

SAT.

Porque los maderos están cortados. Si da usted un paso, se despeña.

PED.

Y Esmeraldina?

SAT.

Aquí estoy yo para detenerla como á usted si viene por aquí.

PED.

Gracias. Conozco otra vereda para pasar el barranco... En seguida voy...

SAT.

Dése usted prisa y seremos dos para defenderla! (Pedro desaparece) ¿Otro camino? Por ahí no se-

rá... (Mirando las rocas de la izquierda) Ni las cabras deben poder andar por esas breñas! De todos modos no es camino para mí, estando cojo del balazo de ese inglés. (Mira hacia la derecha.) Ah! Ahí vuelve el condenado. A mi puesto otra vez. Para curar las contusiones, no hay como sentarse encima. ¡Hop-lá!

(Se oculta detrás del haz de leña.)

ESCENA III

MILLER por la derecha. SATURNINO oculto, luego SEBASTIAN por la izquierda, primer término.

MILL. No me equivoqué. De esa altura ví á Pedro que se dirigía hacia el puente. En el momento de ir á pasar, vaciló y se detuvo. Me pareció que hablaba con álguien. ¿Le habrán avisado del peligro? El caso es que retrocedió... Pero ¿quién nos vende? Sebastián? No. Pedro conoce el bosque y se ha internado en él para espiarnos. Mejor. Esta vez le aguardo.

(Da con la mano un golpe en la escopeta y va á salir por la izquierda primer término; se encuentra con Sebastián)

SEB. Y bien?

MILL. Nada por aquel lado. ¿Y por ahí?

SEB. Tampoco. Vengo desjarretado! No hay cueva, ni foso, ni espesura que no haya visto... y nada!

MILL. Paciencia. Milord ha soltado la jauría en el bosque; los perros tienen buen olfato, y mal será que no descubran á la fugitiva. Yo voy á ponerme en acecho. Espérame tú aquí... Cuando pase el venado le enviaré un par de onzas de plomo. ¿Has comprendido? (Vase izquierda)

SAT. (Oculto. Aparte) (Infame! facineroso! Le va á matar! Esos hombres asesinan á las personas como quien mata conejos.)

SEB. El venado! Qué habrá querido decir? Me miró de un modo extraño... ¿Desconfiará de mí? Sin embargo, yo nada hice que pueda inspirar sospechas. Bah! Veremos en qué para el lance y mañana tomaré una resolución. (Escucha

á la derecha) No me engaño... se oye crugir charasca... Los perros han levantado la caza. Será...? Es una muger... Ah! Ella! nos hemos salvado! (Se oculta en un repliegue de peñas cerca del torrente.)

ESCENA IV

ESMERALDINA por la derecha. SATURNINO y SEBASTIAN ocultos; luego Sir WALTON por la derecha. Después GUILLERMO, MARTIN y Lúgareños.

SAT. Es Esmeraldina! ánimo Saturnino. Llegó el momento! (Sin levantarse coge la destal que se halla al alcance de su mano y observa.)

ESME. (Pálida, con el cabello en desorden, despavorida, llega corriendo) ¿Cómo salir de esta selva maldita? ¡sin nadie que me socorra! Pedro y Narciso ignoran sin duda mi desgracia. ¡Dios mío, Dios mío! Ampárame! (Vacila.)

SEB. (Aparte.) (Si yo tratára de persuadirla, quizá volvería á la quinta.)

ESME. Las fuerzas me abandonan. El frio y el cansancio me vencen. No puedo más! Pedro! Narciso! Ay de mí! (Cae al suelo)

SEB. (Adelantándose) Señorita...

ESME. Ah! Quién! Tengo miedo! (Trata de levantarse.)

SEB. (Levantándola.) Tranquilícese usted ¡pobre niña! Yo no intento hacerle daño alguno!

ESME. Quién es usted?

SEB. No me ha reconocido?

ESME. Se me figura que no es la primera vez que oigo su voz... pero no recuerdo dónde.

SEB. (Aparte.) (No se acuerda... mejor!) (Alto.) Vamos de aquí. Yo soy un buen amigo de Pedro y de Narciso. Tenga usted confianza en mí... apóyese en mi brazo. Voy á conducirla al lado de ellos... la esperan... y se hallan en la más viva inquietud... Vamos.

ESME. ¡Oh! Dios! le bendiga! Sálveme! (Se apoya en el brazo de Sebastián.)

SEB. Vamos... pobre niña!... (Empieza á hacerla seguir.)

(Aparte.) (Los otros no desconfiarán ya de mí.)
(Después de haber dado algunos pasos, Esmeraldina se detiene.)

ESME. A dónde me lleva usted?

SEB. Al lado de Pedro y de Narciso.

ESME. Pero por aquí se va á la casa donde esos hombres me encerraron... No, no! Por aquí no voy.

SEB. No hay más camino que este para ir al pueblo. Venga usted sin temor alguno. (Dan algunos pasos más. Oyense ladridos por la izquierda, luego un tiro y un grito.)

ESME. Virgen Santísima! Qué oigo?

SEB. Nada. (Trata de llevársela.) Vamos, que aqui corremos toda clase de peligros.

ESME. No! (Se detiene.) Ese tiro... ese grito... Han muerto á alguno!

SEB. Usted delira!

ESME. Yo desfallezco... Una nueva desgracia... Me lo dice el corazón. Ese grito lo dió mi padre... Narciso quizás.

SEB. ¿Narciso? Narciso dice usted?

ESME. Déjeme! Si no lo puedo salvar, al ménos le vengaré. ¡Socorro! auxilio! (Trata de desasirse de Sebastián.)

SEB. Cállate, desdichada! (Suguetándola. Esmeraldina escapa á Sebastián y echa á correr hacia el puente.)

ESME. Socorro! Asesinos!

SAT. ¡Esmeraldina!

SEB. De dónde sale este? (Cerrando el paso á Saturnino. Este lo derriba ágilmente y le amenaza con la destreal.)

SAT. ¡Hop-lá! bribón! Quieto ó te parto la cabeza!

(Entra Walton corriendo y sin ocuparse del grupo formado por Saturnino y Sebastián, se dirige en persecución de Esmeraldina.)

WAL. Ah! se nos escapa la maldita! (La sigue.)

SEB. Están perdidos! (Mirando á Walton y Esmeraldina que están cerca del puente. Saturnino suelta á Sebastián y grita:)

SAT. Cuidado, Esmeraldina! El puente del Niágara! Salta! Hop-lá!

(Esmeraldina, al último grito de Saturnino, da un salto y queda agarrada á un montante clavado en la roca. Walton, á punto de alcanzar á Esmeraldina, avanza, en el impulso de su carrera, sobre el puente que cruje y se rompe. Walton cae en el precipicio dando un grito.)

WAL. ¡Ah!

(Llegan corriendo Martín, Guillermo y otros lugareños en busca de Esmeraldina.)

TODOS ¡En salvo! en salvo!

SAT. Para algo le había de servir la práctica del gran Circo Romano.

CAE EL TELÓN



ACTO SÉPTIMO

En casa de Pedro. La misma decoración de los actos 2.º y 3.º. El violín del tío Pascual colgado de la pared encima del sillón en que descansa Pedro.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, herido, duerme en un sillón á la izquierda, primer término. El Doctor VIDAL y, á su lado, NARCISO, CATALINA yendo y viniendo, ocupada en los quehaceres de la casa.

NAR. Y bien Doctor?

VID. Nada de gravedad; la bala atravesó la cartera llena de papeles, perdiendo casi toda su fuerza antes de llegar al pecho; de modo que la herida es leve. Pero el tiro iba bien dirigido. El amigo Pedro ha escapado milagrosamente á la muerte. La conmoción de la caída ha causado esa postración. Después de haber dormido y descansado un poco, se encontrará bien.

NAR. Y usted cree en una tentativa de asesinato?

VID. Si, Narciso, si. Admito que de noche se cometa la imprudencia de tirar á una sombra; se puede creer que es un ladrón, ó un lobo ú otro animal cualquiera, pero en pleno día... cuando se apunta á un hombre, es para asesinarlo!

NAR. ¿No se vé á nadie todavía? (A Catalina que en el umbral de la puerta mira hácia fuera.)

CAT. A nadie.

NAR. Me encuentro en una terrible ansiedad. Doctor ¿puede usted quedarse al lado de Pedro?

VID. No veo la necesidad. Prefiero salir un momento.

Quiero ir al bosque de las *Tres Torres*, al sitio donde fué herido Pedro. La Guardia Civil practica diligencias, y se me figura que no perderé el tiempo. A la pobre Anita deben tenerla encerrada en la quinta.

NAR. Lo mismo creo yo. Mi tío hizo mal en negarse á que yo le acompañara.

VID. Tu tío hizo bien. Sin duda quiso evitar que te encontrases en presencia...

NAR. En presencia de mi padre ¿verdad? Permítame usted que le acompañe, Doctor; la impaciencia me devora. Catalina, no te apartes de mi tío: al despertar necesitará seguramente de tus cuidados.

CAT. Puedes ir tranquilo; no le abandonaré un momento.

VID. Vamos pues. (Vánse el Doctor y Narciso.)

CAT. ¡Pobre Pedro! Está medio muerto. Pero ¿es posible que todas esas tragedias ocurran á causa de una chica que no tiene padre ni madre, ni casa ni hogar. ¡Tiene trastornado á medio pueblo!... Si algún día yo me perdiese, de seguro que nadie pasaría cuidado por mí.

PED. Narciso!

CAT. Acaba de salir con el Doctor.

PED. A dónde han ido?

CAT. Oí que el Doctor hablaba de las *Tres Torres*.

PED. Se tiene alguna noticia?

CAT. Aún no; pero el Doctor dió parte á la Guardia Civil y es de esperar que no tardaremos en saber algo.

PED. (Levantándose.) La Guardia Civil! ¡Cá!... no descubrirá nada. La pobre niña ha desaparecido para siempre! Ha transcurrido ya demasiado tiempo desde el rapto, para abrigar todavía alguna esperanza. Ah! esto es demasiado sufrir! Y soy yo el que... ¡Oh!... quiero ir á ver á Sebastián. Sólo él puede indicarme lo que han hecho de Esmeraldina. Pero..., ¿Y si fuese mi hermano el que disparó contra mí? No! no! ¡Qué horrible pensamiento! No es posible!
(Vuelve á caer en el sillón.)

CAT. Cállese, Pedro. El Doctor ha prohibido que se

mueva. Todo el pueblo anda revuelto; por todas partes buscan á Anita! Un poco más de paciencia! ¡Quién sabe si dentro de un momento la estrechará en sus brazos!

PED. No, no, Catalina! Me la han muerto! No podremos vengar más que un cadáver!

CAT. Matarla ¿Y por qué? ¿Qué mal ha hecho esa pobre muchacha?

PED. Catalina, házme el favor, sal á la calle, pónete al acecho, y si vés venir á Narciso, ó al Doctor, avísame.

CAT. Obedezco. Pero usted me promete que no se moverá de aquí?

PED. Te lo prometo. Anda. (Catalina por el fondo.) Esta vez me declaro vencido! Héme otra vez solo—como hace quince años, abatido... sin esperanza alguna... incapaz de defender á una pobre huérfana!... Bien me lo decía Pascual, mi viejo amigo que en gloria esté.—“Pedro, no te vayas, me quedan pocos días de vida y la huerfanita vá á quedarse sola en el mundo y sin amparo!” Sus últimas recomendaciones acuden ahora á mi memoria.—“Si llegase un día en que hubieses perdido toda esperanza... coge mi violín, haz resonar sus cuerdas y el alma de tu viejo amigo aún te hablará.” (Mira el violín.) Es decir, que cuando ya no queda nada que esperar de los vivos, acuden los muertos en nuestra ayuda! (Descuelga el violín y lo besa.) Pascual, mi mejor amigo, si vés mi angustia y miserable estado, inspírame un medio de salvación! (Maquinalmente ha pulsado las cuerdas. Se oyen voces en la calle.) Eh! Qué voces son estas? (Deja el violín en el sillón y corre hácia la puerta.)

ESCENA II

PEDRO, SATURNINO, luego ESMERALDINA, NARCISO y el Doctor VIDAL, GUILLERMO, MARTIN, CATALINA y finalmente SEBASTIAN.

SAT. Soy yo! Somos nosotros!

- PED. ¿Quién es usted?
SAT. Cómo! Tampoco me reconoce? Soy Saturnino, el payaso del gran Circo Romano!
- PED. ¿Y Anita?
SAT. Esmeraldina? en salvo!
PED. En salvo?
SAT. Sí.
PED. Dónde está?
SAT. Aquí la tiene!
- ESME. (Entrando y echándose en brazos de Pedro.) Padre!
VID. Puedes dar gracias á la Providencia. Si vive, es por milagro!
SAT. Y gracias á las lecciones de papá Machuca! ¡Hop-lá!
- ESME. Y Narciso? Dónde está Narciso?
NAR. Aquí estoy.
ESME. ¿Qué tienes? Diríase que no tomas parte en nuestra dicha!
- NAR. Qué idea! (La abraza)
VID. (A Pedro) Ahora podrás ocuparte libremente de nuestra huérfana, y buscar su familia. Quedan destruidos todos los obstáculos!
- PED. Cómo?
VID. Anita tenía dos enemigos implacables: el amo y el intendente.
- PED. Y bien?
VID. El amo cayó en el lazo tendido para otros. Su cadáver yace en el fondo del precipicio, y el intendente, que ha sido preso en el momento de huir, responderá ante la justicia de su tentativa de asesinato. Ya ves que los buenos y los honrados, tarde ó temprano triunfan de los perversos. Y entre los buenos hay que contar á este excelente muchacho, (Señala á Saturnino.) que como vosotros expuso su vida en defensa de su amiga Esmeraldina.
- PED. (Estrechando la mano á Saturnino.) Sí, yo también le debo la vida!
- ESME. A tí, Saturnino? (Con emoción.)
SAT. Sí, á mí, al pobre payaso.
ESME. (Estrechándole ambas manos.) Oh! Para tí seré siempre Esmeraldina.
- SAT. Gracias! Ay! De buena gana saltaría de júbilo, pero no me atrevo!

ESME. Salta hombre! (Riendo.) que ya has visto lo que vale saltar á tiempo. (Imitando su grito y su gesto.) ¡Hop-lá!

(Saturnino da un salto, pero se resiente de la herida y el dolor le obliga á sentarse y lo hace con tan mala suerte que se sienta sobre el violín y lo aplasta.)

SAT. Ay! ay! ¡Otra desgracia! (Se levanta.)

VID. El violín de Pascual! (Lo coge y lo pone sobre la mesa.)

SAT. No hago más que atrocidades.

VID. Bah! Se le puede encolar otra vez. Pero qué veo? Papeles!

TODOS Papeles?

(Pedro acude presuroso. El Doctor saca del violín un paquete de papeles y los entrega á Pedro.)

PED. Ah!

VID. ¿Qué papeles serán estos?

PED. A ver? (Deshace el paquete y desdobra una hoja de papel.) ¡Letra de Pascual! «Pedro, dentro del forro del vestido que llevaba la señora del naufragio, la Ruperta encontró todos estos papeles. Nunca habló de ellos á nadie; en vano esperó tu regreso; á su muerte me los entregó. Con estos papeles asegurarás el porvenir de nuestra protegida.» (Abre otros papeles.) Una partida de nacimiento. (Lee.) «Extracto de los registros de las partidas de nacimiento.—Alcaldía de Bombay.—Una niña hija de los consortes Jorge y María Harlington, á la cual se pusieron los nombres de María Adela y Juana.»

(Examinando otro papel.)

Y aquí está la partida de casamiento de tus padres, Anita. Al fin he cumplido el juramento que hice á tu pobre madre.

ESME. Es decir, que tengo un nombre?

PED. Sí, hija mía. Posees un nombre y una gran fortuna. Ahora me explico las últimas recomendaciones del viejo Pascual.

VID. Su violín habló!

(Entra Sebastián que se queda en el fondo.)

PED. Señorita Harlington, dentro de algunos días la acompañaré á Lóndres.

ESME. Y Narciso tambien?

NAR. Yo había soñado un porvenir de felicidad que no puede realizarse. La distancia que nos

separa es demasiado grande. Yo sólo deseo que usted sea dichosa!

ESME. Podría serlo sin tí, Narciso? Si la riqueza ha de costarme lágrimas también, renuncio á ella. La pobreza no me asusta.

NAR. Tío, ¿qué debo contestar?

PED. (Que acaba de ver á Sebastián.) Tal consejo no es de mi incumbencia; corresponde á tu padre.

NAR. A mi padre?

SEB. (Adelantándose.) Nada temas, Narciso: he venido á pedir perdón de mis faltas á mi hermano, y á vosotros dos, pobres muchachos, á quienes causé tanto mal. ¿Quereis... podeis perdonarme? (Baja la cabeza.)

PED. (Cogiéndole la mano.) Hermano mío, abraza á tu hijo. Repararás tu triste pasado, trabajando con honradez.

SEB. Y haciendo su felicidad. (Abraza á Narciso.)

VID. (A Pedro.) Y tu recompensa ¿cuál va á ser?

PED. Mi recompensa? la satisfacción de haber cumplido con mi deber. (Estrecha la mano al Doctor.)

VID. Muy bien!

PED. (Acercándose á Saturnino.) Y tú, muchacho. No te parece que algo mereces también?

SAT. Yo no pido más que un poco de ayuda para los pobres artistas del gran Circo Romano, si es que aún viven, y para mi... que Esmeraldina sea dichosa.

PED. Pues, Dios mediante, verás colmados tus deseos.

ESME. Porque vivirás con nosotros.

SAT. Qué dicha! Y á tus hijos he de enseñarles el salto del Niágara!

ESME. ¡Hop-lá!

(Todos se rien. Baja el telón.)

FIN DEL DRAMA



Obras dramáticas de D. Juan B. Enseñat



Piezas en un acto, originales, editadas
por la casa Bouret, 23, rue Visconti, — París

La pendiente del vicio. — El primer premio. — La fea. —
El pastelero de Su Magestad. — Educar por lo fino. —
Agustina. — La gratitud. — El púlpito del diablo. — El amor
de Dios. — La niña mimada.

Obras publicadas en un tomo,
edición de lujo, por la casa Garnier Hermanos
6, rue des Saints-Pères. — París

La abuela, comedia lirica, en tres actos y en verso, música
de Julio Mayet, intercalada en el texto. — No hay mal que por
bien no venga, proverbio en tres actos y en verso. — La gran-
ja, comedia en tres actos y en prosa. — Contra soberbia..., co-
media en tres actos y en verso. — Bien por mal, comedia en
un acto y en verso. — Una charada, juguete en un acto y en
prosa.

Obras impresas ó representadas en España

EN UN ACTO: Entre el amor y la dote. — Arrepentirse á
tiempo. — Los héroes de Puigcerdá. — La justicia de Dios. — No
más crisis (en colaboraci6n con D. Andrés Pastor). — ¡Qué no
se entere el marido! — ¡Que no s'enterí el marit! (traducci6n ca-
talana de la anterior en colaboraci6n con D. Luis Millà. —
Dos per una, (en mallorquin).

EN TRES Ó MAS ACTOS: Trit6n, ó un bandido del
gran mundo, (6 actos). — Esmeraldina, (7 actos). — La bandera,
(6 actos). — El ingenio, (3 actos). — Los dos pilletes, traduc-
ci6n (7 cuadros). — El maestro de armas, traducci6n (8 cua-
dros). — La mendiga de San Sulpicio, traducci6n (9 cuadros).
— Catalina de Médicis, (8 cuadros). — La baraja del crimen,
adaptaci6n (7 actos).

EN CATALÁN: La Mestra, adaptaci6n (3 actos).

EN FRANCÉS: La gran vía, opereta en un acto, en co-
laboraci6n con M. Maurice Ordonneau. — La Chula, opereta
en un acto. — La main á la pate, (traducci6n de La de San
Quintín, de F6rez Gald6s).